

# NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

Nueva Revista de Filología Hispánica

ISSN: 0185-0121

nrfh@colmex.mx

Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios

México

Alatorre, Antonio

Sobre americanismos en general y mexicanismos en especial

Nueva Revista de Filología Hispánica, vol. XLIX, núm. 1, enero-junio, 2001, pp. 1-51

Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60249101>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

TOMO XLIX

2001

NÚM. 1

## SOBRE AMERICANISMOS EN GENERAL Y MEXICANISMOS EN ESPECIAL

*A Luis Jaime Cisneros  
y José Luis Martínez*

El presente artículo fue en su primer esbozo, hace años, una breve respuesta a Juan M. Lope Blanch, que en uno suyo, “Mex.-che, -i(n)che, ¿nahuatlismos?”, contribución al *Homenaje a Antonio Alatorre* (*NRFH*, 40, 1992, 623-636), había lanzado un feroz ataque contra mi idea de que los muy mexicanos adjetivos *metiche*, *pidi(n)che*, etc., son voces mestizas: radical español y sufijo náhuatl. El propio Lope Blanch cuenta la historia al comienzo de su artículo. Lo que no dice es que con ese ataque, publicado en un homenaje *a mí*, me devolvía el fuerte golpe que yo le había asestado muy poco antes en un homenaje *a él*. En efecto, mi “Historia de la palabra *gachupín*” (*Studia philologica in honorem Juan M. Lope Blanch*, 1992, t. 2, pp. 275-302) no deja bien parados a los gachupines, o sea a los españoles, y Lope Blanch *ex illis est*. (Estoy dramatizando la historia, y por eso digo “feroz ataque” y “fuerte golpe”. Ni en mi artículo ni en el suyo hay la menor intemperancia. Lope y yo somos casi como hermanos.)<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Completaré la historia. A fines de 1999 le conté todo lo anterior a Luis Jaime Cisneros comentando su artículo “Peruanismos, obra clásica y moderna” (*BAPL*, 1998, núm. 30), y le dije que tenía materia para un articulillo. Por lo cual, cuando en febrero de 2000 me invitaron a colaborar en el homenaje que le preparaba la Pontificia Universidad Católica del Perú, supe inmediatamente cuál sería mi colaboración. Por desgracia, aunque avancé bastante, el plazo me resultó demasiado corto. — En la presente redacción no he alterado el estilo, que es a veces más “conversacional” que científico. También el estilo es homenaje a Cisneros: quiero que corresponda al lenguaje llano, sin jergas, de su mencionado artículo. — No he creído necesario

Para mayor dramatismo, diré que el “choque”, lejos de ser incidente baladí, muestra muy vividamente un aspecto del magno y perdurable enfrentamiento entre dos maneras de sentir *nuestra lengua* (“...y aún se miran frente a frente/ en inmóvil actitud”). Los españoles sienten, en el fondo del corazón, que ellos son sus únicos verdaderos dueños. Lo digo con todo candor. Las muestras de ese *sentirse* me han ido acumulando a lo largo del tiempo. Glosando el dicho “La mejor mujer, mujer”, yo diría “El mejor español, español” (donde “el mejor” es, por ejemplo, Rafael Lapesa).

He aquí un botón de muestra. Hace años publicaba Julio Casares en el *BRAE* un informe trimestral (“La Academia trabaja”) sobre los quehaceres de la docta corporación. Daba, no sin cierto júbilo, noticia de los permisos que se iban concediendo para decir cosas que antes se habían dicho sin permiso, por ejemplo *fallo* ‘deficiencia’, ‘error’ (¿quién no sabe lo que es un *fallo* del motor, etc.?, preguntaba Casares), o bien *gamberro* (¿quién no conoce a esos rebeldes sin causa?). Leía yo eso y decía para mi capote: ¿Creerán los académicos de Madrid que con meter *gamberro* en el diccionario, sin precisión geográfica, van a hacer que la palabra pertenezca a la lengua común? ¡Y ese *fallo* del motor! Lo que debieran hacer los españoles (añadía para mi capote) es enseñarse a hablar bien. ¡Se dice *falla*, no *fallo*! Y si insisten, van a meterse en líos, pues el *fallo* del juez más circunspecto va a estar todo contagiado de ‘error’ y ‘deficiencia’. ¡Estos españoles! Los hispanoamericanos debiéramos tener mayor ingerencia en materia tan importante. Sobre todo cuando nosotros tenemos la “razón”, como es el caso. Corominas, que encuentra *falla* ‘defecto’ en no pocas fuentes venerables, comenzando con el *Cid*, observa de pasada que el vocablo “sigue vivo hoy en Colombia y Chile”, como si fuera un arcaísmo olvidado ya por el resto del mundo hispanohablante. De hecho, *falla* ‘defecto’ se dice también en México y seguramente en toda Hispanoamérica. Nadie dice *fallo*, a la madrileña (excepto los cursis, los que no dicen *papa* sino *patata*, porque así se usa en la “metrópoli”). Quienes decimos *falla* somos “los bue-

dar las descripciones bibliográficas de los diccionarios de americanismos, que son los conocidos, los “clásicos”. Pongo sólo el nombre de los autores (Icazbalceta, Robelo, Santamaría, etc.). Las *Rectificaciones* de Marcos E. Becerreta no están en orden corrido, como tampoco las *Buenas y malas palabras* de Ángel Rosenblat; pero las dos obras tienen un índice alfabético exhaustivo.

nos”<sup>2</sup>. No es justo remitir una palabra tan viva al desván en que acumulan polvo las cosas que antes se decían pero *ya no se dicen*. (Antes se decía *uços sin cañados*; hoy se dice *puertas sin candados*).<sup>3</sup>

Creo haber expuesto con claridad mi punto de vista. Sólo falta añadir que fue Raimundo Lida quien hizo que mi atención “normal” a la lengua se volviera “seria” y hasta “científica” a veces. En el seminario inaugural de lo que hoy es en El Colegio de México el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, hacíamos los aprendices de filólogos una investigación literaria

<sup>2</sup> Cabe agregar que *falla* no es lo mismo que *falta*: la falla, en un motor o en un argumento, no es lo mismo que la falta de motor o de argumento. — N.B.: “Aunque a veces podrá parecer que el autor se halla animado de una intención irrespetuosa para con la Real Academia Española, debo intentar borrar semejante impresión, [pues] no es de desearse que tan necesaria institución caiga en menosprecio... Lo que urge es que la Academia *gobierne*, pero que gobierne con clarividente i razonada autoridad...; que *dirija* acertada i oportunamente; oportunamente, sobre todo, porque éste ha sido el principal defecto de la labor académica (labor magna i pesada como un hipopótamo): intervenir cuando ya no se necesita (v.gr., admitirá las palabras *menú, presupuestari beisbol* cuando ya nadie espera su aquiescencia)”. Son palabras de Bécerra, que yo hago mías. Pero debo añadir que la Academia estará siempre atrasada (y mal informada) mientras siga siendo *Real Academia*. Es preciso guillotinarla y remplazarla con una Academia republicana, internacional y “socialista”, cuyos miembros ya no se ajustarán mucho al paradigma tradicional del “académico”. (Y será mejor que ese organismo, destinado a hacer orden en la casa, no se llame “Academia”, para evitar asociaciones incómodas.) Con los progresos fenomenales que estamos presenciando en las comunicaciones humanas, el “¡Hispanohablantes de todos los países, uníos!” (o el “Únanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos!”) no es sueño vano. La tarea es infinitamente más fácil ahora que en ningún tiempo pasado.

<sup>3</sup> En mi artículo “La lengua española”, *apud* ENRIQUE FLORESCANO (ed.), *El patrimonio nacional de México*, 1997, p. 303, reúno ejemplos de formas que, por arcaicas que le resulten a un español, siguen vivitas y coleando en Hispanoamérica. Una de ellas es *qué tanto, qué tantos*, etc. (“en lugar de” *cuánto, cuántos*, etc.), para la cual aduzco un texto de Juan de Arguijo (*ca. 1600*) sobre cierto caballero que poseía “no sé *qué tantos* halcones”. Ejemplo insigne de ello es el empleo de los pronombres personales átonos (en ningún país hispanoamericano prosperaron el leísmo ni el laísmo); y también el uso del pretérito (empleamos la forma castiza, la simple, en casos en que los españoles, creo que por galicismo, usan la compuesta (“ya cené” vs. “ya he cenado”; “se fue” vs. “se ha marchado”). — He aquí un caso curioso. Corominas, s.v. *puño*, ha creído necesario explicar la palabra *puñeta*, que no figura en el DRAE. Aparece en 1505 en el *Vocabulista* de Pedro de Alcalá y significa ‘masturbación’ (“hacer la *puñeta* en las mesmas manos”). Esto, dice Corominas, “explica en forma evidente el uso obsceno de la frase”. Quiere decir que

y, paralelamente, otra lingüística. Así, durante tres años (1948-1950) estuve ensayándome, bajo la mirada de Lida, en una investigación sobre la *General estoria* de Alfonso el Sabio (que no cuajó en nada: fue simple gimnasia), y otra que, de haber sido terminada, se hubiera llamado “El habla de Autlán de la Grana, Jalisco”. Hice gran cantidad de fichas siguiendo el *Cuestionario* de Tomás Navarro Tomás, clásico vademécum del dialectólogo. Entre esas fichas estaban, por supuesto, las relativas a *metiche, pedi(n)che* y adjetivos análogos<sup>4</sup>.

#### LOS NAHUATLISMOS “INFANTILES”

1. Dice Lope Blanch que una vez (“hace ya buen número de años”), platicando con él, me referí al probable “origen nahua” del sufijo de palabras como *habliche* y *metiche*. (En efecto, solté esa idea, pero naturalmente no me puse a apuntalarla con argumentos.) Según Lope, las palabras en que yo pensaba “serían sólo media docena”: *caguiche, habliche, lambiche, metiche, pedi(n)che* “y, acaso, *malinche*”. En verdad, no pensaba yo en *malinche*, harina de otro costal, y en cambio pensaba no sólo en esas palabras que mal que bien han pasado al español general de México, sino en otras que tenía en mi fichero y que, para gloria de Jalisco, parecen ser exclusivas de ese rincón de México, por ejemplo *güerinche, cantaliche, lloriche, trampiche* y *peguiche*<sup>5</sup>.

cuando los españoles usan *puñeta* en una frase (v.gr. “¡Vete a hacer puñetas!”) saben que es una obscenidad, una mala palabra, pero no saben por qué. Es una palabra que se ha desgastado por el uso (lo mismo vale en todas partes para la voz *carajo*). Corominas señala el uso actual de *puñeta* “masturbación” en la Argentina. En México es voz universal. (En un diccionario ideal aparecerá naturalmente esta palabra viva, con su definición, y con una notita, al final, sobre las regiones del español en que esa acepción se ha olvidado.)

<sup>4</sup> Amado Alonso vio mis fichas en una visita que nos hizo en 1950, y me dijo que le parecía muy verosímil el “mestizaje” que yo veía en esa serie de adjetivos. (Añadiré otra cosa. En una de mis fichas estaba el verbo *culear* ‘copular’, que falta en el *DRAE*, y don Amado, bajando la voz, me dijo: “Igual en Navarra”.)

<sup>5</sup> JOSÉ IGNACIO DÁVILA GARIBI, “Recopilación de datos acerca del idioma coca”, *Investigaciones Ling.*, 3 (1935), 248-302, asigna al Occidente, y en particular a Jalisco, un “idioma” especial, el *coca*. Esto ya nadie lo dice, pero con el término *coca* bien podríamos designar la variedad de náhuatl hablado en esta zona, desconectada de la gran Tenochtitlán. El hecho es que *caguiche* y los otros nueve vocablos de este párrafo son típicos del español de Jalisco.

2. Lo que hay de “común” entre los cinco adjetivos que menciona Lope Blanch es, dice él, “tener valor *despectivo*”. Esto hay que verlo despacio. Lo que tienen en “común” no es el pertenecer a la abigarrada muchedumbre de despectivos que en nuestra lengua existen, sino el denotar muy concretamente ciertas cosas inconvenientes e inciviles que hacen los niños, para exasperación de quienes están cerca de ellos. Desde que nacen hasta que más o menos entran en razón, los niños son una lata: comienzan siendo *lloriches* y *caguiches* (ensucian a cada rato los pañales) y más tardecito son *metiches* (¡en qué no andan metiendo las narices!), *pidiches* (“¡Dame esto!”, “¡Dame aquello!”), *habliches* (¡qué tarabillas!), *lambiches* (mañosamente ‘adulones’ o ‘carantoneros’), *peguiches* (cosidos a las faldas de mamá); hay niños *trampiches* (tramposos/traviesos) y niños *cantaliches* (cantadores: “¡Uy, qué niña tan cantaliche!”)<sup>6</sup>. Bien, pero cuando se dicen esas cosas de los niños chiquitos —o cuando se les dicen a ellos— no hay “desprecio” alguno. Mamá, papá, abuelos, nana, hermanos mayores, todos las estamos diciendo con cariño. Los niños chiquitos son una lata, pero ¡cómo los quiere uno! Cuando sí hay “desprecio” (entre otras connotaciones) es cuando adjetivamos así a quienes ya no son niños. Una cosa es la niña *cantaliche*, que sin arte alguno y toda desafinada está cantando que te canta (dan ganas de taparse las orejas, pero estamos sonriendo), y otra cosa el adulto que se las echa de profesional y canta horrible, caso en el cual sí tiene *cantaliche* el “carácter enteramente despectivo” que dice Santamaría. Esos que se meten en todo, esos que están pide y pide, esos que están habla y habla, esos aduladores de los políticos, son unos *metiches*, unos *pidinchés*, unos *habliches*, y unos *lambiches* (o *lambiscones*). Se creen adultos, y algunos hasta *caguiches* son. (Ser *caguiche* es ser ‘mierdita’, ‘cacaseca’. En Colima *caguiche* equivale a *codo* o *codinche*: el ‘tacaño’, el ‘que no sabe compartir’.)

De allí se difundieron hacia el Noroeste (Nayarit, Sinaloa, Sonora). Algunos resultaron especialmente exitosos, y se usan en todo el país, como *metiche* y *pediche/pidinche*. — También se oye mucho *metichi*, *pedichi* etc.: es la forma que prefiere Dávila Garibi, por ser la más marcadamente jalisciense, pues en el habla de Jalisco son muy frecuentes las pronunciaciones *nochi*, *lechi*, etc. (cf. Lope, nota 52). — Por cierto, la ilustre palabra *mariachi*, que hasta un Alfonso Reyes creía derivada del fr. *mariage*, está documentada a mediados del siglo XIX en Nayarit, o sea en la zona del “idioma coca”.

<sup>6</sup> Los niños son también *preguntiches*, pero esta palabra no creo haberla oído. La reacción pedagógicamente correcta a un insistente “¿Qué es eso?”, “¿Qué hay allí?”, etc., es “¡Tolondrones para los *preguntones*!”

3. Los nahuatlismos tuvieron su origen en la conquista de México Tenochtitlán. Muchos de ellos —digamos *macehual*, digamos *cocolistle*— quedaron documentados inmediatamente. Muchísimos otros comenzaron a documentarse apenas en el siglo XIX, por ejemplo los que designan especies regionales de árboles y plantas, o platillos tan serios como el mole y el pozole, pero no tan difundidos. Esas voces no tuvieron a tiempo su “acta de nacimiento”, pero nacieron y han vivido y siguen viviendo. Entre ellas están *caguiche*, *lloriche* y compañía, híbridas de español y náhuatl, que ciertamente no vinieron al mundo en el siglo XIX, sino en la segunda mitad del XVI, cuando puede ya hablarse de un “vivir novohispano”. El testimonio de Juan Suárez de Peralta es muy elocuente. Hacia 1590, cuando él escribe, los españoles están ya firmemente asentados en un territorio pacífico y próspero. La idea de que los indios eran bestias no existe ya. Hay convivencia. Los españoles, dice Suárez de Peralta, “comunican con los yndios muy familiarmente, especial los naçidos en México, a quien los yndios tienen por hijos y sus mujeres an criado los más a sus pechos”<sup>7</sup>. En casa de los españoles (y criollos) había una india destinada a la crianza de los niños, si es que no dos distintas: la nodriza o *chichigua* (*chichiua* ‘ama que cría’: Molina) y la niñera o *pilmama* (la “cargabebés”: de *pilli* ‘niño chiquito’ y *mama* ‘cargar algo’)<sup>8</sup>. Estas mujeres hablan ya español, pero “piensan” aún en náhuatl y, como se encariñan con el condenado güerito<sup>9</sup>, aceptan de buena gana la lata que da y le dicen que es un *lloritzin*, un *caguitzin*, etc., empleando el sufijo náhuatl *-tzin*, denotador no sólo de respeto (*Malintzin*, *huehuetzin* ‘venerable anciano’), sino también de cariño y ternura. Las chichiguas deben de ser hoy una rareza<sup>10</sup>,

<sup>7</sup> JUAN SUÁREZ DE PERALTA, *Tratado del descubrimiento de las Yndias y su conquista*, al final del capítulo 15 (ed. Giorgio Perissinotto, Madrid, 1999, p. 130).

<sup>8</sup> Por supuesto, la asociación de *pil-mama* con *mamá* es inevitable. Sobre el papel de las chichiguas y pilmamas hay buenas observaciones en SOLANGE ALBERRO, *Del gachupín al criollo*, El Colegio de México, 1992, pp. 204 ss.

<sup>9</sup> Repetiré lo que digo en mi citada “Historia de la palabra *gachupín*”, p. 293: “[Hay] algo que no sé si ha sido objeto de una buena teorización, pero que en un país como México es un hecho que salta a la vista: las fiestas que las personas morenas o trigueñas le hacen a un bebé rubio, la ternura que les inspira”.

<sup>10</sup> Aunque en Tabasco (según Santamaría) hay hasta el verbo *achichigar* ‘servir como chichigua’. Becerra, por su parte, cita fuentes según las cuales también en Cuba y en Centroamérica se emplea la palabra *chichigua*.

pero no las pilmamas: yo he conocido algunas verdaderamente gloriosas (aunque no indias). En resumen, *lloriche* y compañía constituyen un grupo coherente, así en lo semántico (designación de “vicios” infantiles) como en lo morfológico: radical español (*llor-*, etc.) y sufijo náhuatl (-*tzin*), con un -*i* que sirve de enlace<sup>11</sup>. A lo cual hay que agregar que, según toda verosimilitud, su lugar de origen no fue México Tenochtitlán, sino el Océano, en especial Jalisco, la zona en que se hablaba lo que Dávila Garibi llama “idioma coca”.

4. Lope Blanch, que no se mete en las precedentes “honduras”, dedica la mayor parte del espacio a “otros grupos” de palabras. Están, por ejemplo, *jolinche* ‘rabitorto’ y *barbinche* ‘lampiño’, que naturalmente no se dicen de los niños chiquitos. Están *rabincho* y *colincho*, que no terminan en -*inche*. Está *cucliche*, voz modelada seguramente sobre *metiche* y compañía, que se aplica por broma a los nacidos en Culiacán. Está *cubiche*, designación del ‘cubano’ “usual en las Antillas”. Están *chiche* y *pachiche*, cuyo -*iche* no es sufijo, sino parte del radical. Está *almastriche*, voz mozárabe (ár. *al-* + lat. *matricem*). Está *huarache*, voz tarasca. Están *boliche*, *compinche*, *fantoche*, *mamarracho*, *gabacho* y *borracho*, que tienen cada una su historia. A lo largo del desfile, donde hay sustantivos lo mismo que adjetivos<sup>12</sup>, no pierde Lo-

<sup>11</sup> En los compuestos del náhuatl suele haber una mutilación del primer elemento: *cuau(tli)* ‘árbol’ + *náhuac* ‘rodeado de’ = *Cuaunáhuac*, o sea Cuernavaca. En *huehuetzin* se pierde el -*tl* de *huéhuetl* ‘viejo’. La *i* central de *Malintzin* no es vocal de enlace, sino parte del primer elemento, *Malin(a)*, mujer de Cortés. Pero, obviamente, en *lloriche* y compañía no podía seguirse el mismo sistema. Para eso no había precedentes. Las pilmamas bilingües hubieran podido decir por ejemplo *llorontzin*, o *llorotzin*. Por qué “prefirieron” *llor-i-tzin*, imposible saberlo. — ¿Y cómo explicar que se diga *lloriche* y nunca *llorinche*, que se diga *güerinche* y nunca *güeriche*, que no se diga *cantiche* sino *cantaliche*, y que alternen *pidiche* y *pidinche*?

<sup>12</sup> El desfile no es exhaustivo. En el *Reverse dictionary of the Spanish language* de F. A. STAHL y G. E. SCAVNICKY (1973) pueden encontrarse cómodamente otros -*iches*: *aciche*, *alfeliche*..., etc. — José Luis Martínez, director de la Academia Mexicana de la Lengua, me pidió no hace mucho que repasara un enorme *Índice de mexicanismos* que los académicos mexicanos han ido acumulando desde 1870 o algo así, y que marcara con *X* los que me fueran desconocidos. Tarea ardua, pues las voces venían completamente desnudas, sin definición ni contexto. Pero, como ya traía en la cabeza mi “contraataque” a Lope, recogí como tres docenas de voces terminadas en -*iche* o -*inche*, desconocidas casi todas para mí. Algunas parecen sustantivos, como *chilinché*, *conchiche*, *sagabiche* y *tepechiche*, pero en su mayor parte parecen más bien adjetivos: *boquiche*, *coliche*, *copiche* (‘el que en la escuela copia a otros?’), *corticinchi*..., *droguiche* (quizá de *droga* ‘deuda’)..., *sopiche*..., *zumbiche*.

pe ocasión de ir señalando cómo muchas de esas voces denotan o connotan “desprecio”, y en ese sentido es buen refuerzo la inclusión de *-incho*, *-acho*, *-ache* y *-oche*<sup>13</sup>. Pero ¡qué lejos estamos del asunto, qué desviados! Con el heterogéneo desfile de los “otros grupos” de palabras —y, para subrayar esa heterogeneidad, añado los sustantivos *toloache*, *tlacuache* y *tololoche* (Méjico) y los adjetivos *culichiche* (Cuba), *huachache* (Perú) y *curiche* (Chile)— cree Lope haber dejado tambaleante mi “tesis” sobre el peculiar mexicanismo de *metiche* y compañía. Reconoce, por supuesto, que *-iche* “no es sufijo de raigambre castiza en la lengua española” (o sea, digo yo, que se trata de voces morfológicamente exóticas); pero en seguida añade que, habiendo tantas voces castizas con esa terminación u otra parecida, “falta decidir si [-iche] es un verdadero sufijo nahua o una terminación caprichosa de generación hispánica”<sup>14</sup>. Y concluye: “¿Creación castellana, pues? *Posiblemente*. Pero ello no impide suponer una influencia indirecta del náhuatl”. Yo, por mi parte, y mientras no se demuestre otra cosa, *afirmo* que en *lloriche*, *cagüiche*, etc. hay influencia directísima del náhuatl<sup>15</sup>.

5. El “ataque” de Lope contra mí es el cuarto episodio de una “guerra” emprendida por él. (Sigo dramatizando el asunto.) Su *Léxico indígena en el español de México* (1969) se propone mostrar cómo sólo una fracción de los *aztequismos* de Robelo es de verdadero uso<sup>16</sup>. Su artículo “Sobre el origen del sufijo *-eco*”

<sup>13</sup> “Pienso —dice Lope— que no resultaría demasiado arriesgado suponer que la *-ch*-pueda tener, en la terminación de ciertas palabras, una fuerza (*vis litterarum*) o resonancia claramente despectiva”. Tiene mucha razón (yo diría *vis sonorum* y no *litterarum*). Y eso vale no sólo para “la terminación”: también *chapurrar*, *cháchara* y *chancleta* tienen resonancia despectiva. Pero todo depende del contenido de la palabra: en “muchas flechas”, la *ch* es neutral; en “A la sombra de las muchachas en flor” se siente todo menos desprecio.

<sup>14</sup> Esto segundo —dice Lope— es lo que opina “el gran lexicógrafo” Santamaría, el cual despacha sumariamente el *-iche* como “desinencia caprichosa”. Lo que pasa, creo yo, es que Santamaría, gran conocedor del habla de su tierra, Tabasco, carecía de las antenas de Dávila Garibi, jalisciense. Hay muchas lagunas en su por lo demás tan útil *Diccionario de mexicanismos*.

<sup>15</sup> En su § 3.4 (“Se me ocurre pensar...”) piensa Lope Blanch que si *pinche*, palabra netamente española, es ahora uno de los más típicos y pintorescos mexicanismos, ello se debe al *-i(n)che* de origen náhuatl en su connotación despectiva. Estoy completamente de acuerdo. (Cabe observar, además, que en México el sustantivo *pinche* ha quedado convertido en adjetivo: caso análogo al de *pícaro*.)

<sup>16</sup> Sobre esto hay mucho que decir. Es cosa que sucede en cualquier diccionario. Abro al azar el *DRAE* y en una sola columna encuentro *cotobelo*,

(1971) demuestra satisfactoriamente que si hay nahuatlismo en palabras como *yucateco* y *autleco* ('el nacido en Autlán de la Grana', llamado también *autlense*), no lo hay en palabras como *ton-tuneco* y *zonzoneco*<sup>17</sup>. Y su nota sobre "Un falso nahuatlismo" (1978) refuta a Becerra, que aventuró (único que yo sepa) la sospecha de que el *-ate* de *guayabate*, *calabazate*, etc. viene del náhuatl *atl* 'agua' (porque los *ates* "reclaman una considerable adición de agua para darles el punto de jalea que les es característico")<sup>18</sup>. No cabe duda: los tres "ataques" están justificados, y los tres son victoriosos. Nada más saludable que combatir los excesos. Pienso en los aventureros del siglo XIX que trataron de hallarle a la españolísima palabra *gachupín* una etimología náhuatl (cf. mi art. cit., pp. 298 ss.). Pienso en Gerardo Murillo, excelente pintor y personaje valleinclanesco, que "sostenía" que nuestro *atl* 'agua' dio nombre al Atlántico<sup>19</sup>. Pero los excesos no deben oscurecer el hecho de que los nahuatlismos *exis-*

*cotofre*, *cotón* ('jubón'), *cotonada*, *cotoncillo*, *cotral*, *cotrofe* y *cotudo*. ¿Cuántas de estas palabras se usan? Probablemente ninguna. En cambio, para poner un ejemplo, la palabra *copaljocote*, no incluida en el susodicho *Léxico indígena*, tiene amplio uso allí donde se da este árbol del trópico semiárido (Colima, Jalisco, Nayarit) y donde se aprovecha su madera y se come su frutita, llamada también *copaljocote*, agridulce, bastante agradable.

<sup>17</sup> El artículo de Lope Blanch, publicado en la *Festschrift Harri Meier*, Múnchen, 1971, pp. 305-312, es réplica a MAX LEOPOLD WAGNER, que en *NRFH*, 4 (1950) había exagerado el papel de *-eco*. Ya ROSENBLAT, *Buenas y malas palabras*, 3<sup>a</sup> ed., Caracas, 1969, t. 4, pp. 114-115, había replicado brevemente a Wagner.

<sup>18</sup> "Un falso nahuatlismo" está en *NRFH*, 27, pp. 296-298. En verdad, la idea de Becerra es *muy* endeble, aparte de que hay buen número de *-ates* a salvo de toda sospecha de nahuatlismo. A los que menciona Lope Blanch puede agregarse el curioso *calamorrate* que incluye Baltasar del Alcázar en una ristra de palabras añejas (o añejas, como él dice): "...guadramaña, maxmordón,/- zafarraya y alfarnate,/- galambao, *calamorrate*,/- trincapiñones, chocón" (*Poesías*, ed. Francisco Rodríguez Marín, p. 113). El editor, sevillano como el poeta, explica la palabra en la p. 275. Se trata de una broma conocida: un niño mayorcito le pregunta a otro más chico e inocente: "¿Quieres calamorrate?", y el chiquillo, "por la desinencia de la palabra, igual a la de *piñonate*, *calabazate* y otros dulces, responde afirmativamente; y entonces el otro, juntando las manos y dejándolas en hueco para que el golpe haga poco daño y mucho ruido, da con ellas en la cabeza al goloso, diciéndole: ¡Pues toma, toma calamorrate!"

<sup>19</sup> Gerardo Murillo es más conocido por su pseudónimo, "Doctor Atl", con el cual figura en cierto pasaje de *Tirano Banderas* (ligeramente retocado: "Doctor Atle"). Cf. E. S. SPERATTI, "Un episodio de *Tirano Banderas*", *NRFH*, 8 (1954), 184-190. (Por supuesto que la teoría del Dr. Atl era pura broma.)

*ten.* El hábito de combatir los excesos suele convertirse a su vez en exceso. Quienes se enamoran de una idea acaban por hacerse apóstoles. (Y bien sé que esto puede aplicarse a mí, aunque creo haber procedido limpiamente.)

6. Lope Blanch me hace pensar en Corominas. De hecho, en él se apoya para una de las escaramuzas de su artículo sobre *-i(n)che*. Dice que la palabra *chiche*—“la designación acaso más usual de la ‘teta, mama’ [en México]”—puede ser “voz de origen nahua o de procedencia española”. Todos pensábamos que las *chiches* eran quintaesencia de lo indio (¡las tetas de la Malinche que pintó Orozco!); creíamos que la “tesis” del nahuatlismo no tenía aquí rival, pero resulta que sí lo tiene. En efecto, en el apretadísimo cajón de sastre que es el artículo *chuch-* de Corominas (“raíz de significados varios, de creación expresiva y en parte onomatopéyica”) hay un *chiche* (masculino) que es cualquier ‘juguete para niños’ en la Argentina y otros países sudamericanos (ninguna relación con *chiche* ‘teta’), hay un *chicho* ‘joya pequeña’ en Santander, y *chichi* ‘nonada, futilidad’ en gitano. “Se trata —dice Corominas— de una raíz de creación expresiva y vocalismo alternante *chuch- ~ chich-*; y a continuación añade *chuchar* (‘chupar, sorber, mamar’ en portugués y gallego; ‘besar’ en Asturias), de donde proceden *chucho* ‘teta’ en la Argentina y “en el Yucatán”, *chicha* ‘teta’ en Costa Rica, *chiche* en México y *chichi* en la Argentina. (¿No es raro que en la Argentina coexistan *el chucho* ‘teta’, *la chiche* ‘teta’ y *el chiche* ‘juguete’?)<sup>20</sup> Yo no creo que tan atropellado “razonamiento” le haya quitado a la *chiche* mexicana ni un ápice de su naturaleza náhuatl. (Seguramente *chichi* ‘mamar’ era onomatopeya, imita-

<sup>20</sup> Dice el DRAE que, en “América”, *chiche* significa ‘pecho de la mujer’ y es sustantivo masculino, si bien “en El Salvador úsase en femenino”. Yo creo que esta falta de información es culpa de la Academia Mexicana correspondiente de la Española, que suele mostrarse remisa en sus contribuciones al DRAE. Es notable el número de voces que, usadísimas en México (y en su mayor parte nacidas aquí), se atribuyen a alguna o algunas de las repúblicas centroamericanas. Evidentemente, las Academias guatemalteca, salvadoreña, hondureña, nicaragüense y costarricense se han esforzado más en conseguir para “sus” palabras un lugar en el majestuoso DRAE. — Vale la pena observar que *chiches* son también las ‘tetillas’ masculinas y las ‘tetas’ de los animales, y que, a causa de su forma y de su función, se prestan a muchos sentidos figurados. Cuando alguien consigue algo no por sus méritos, sino porque tuvo buenos protectores, lo que se le dice es: “¡Así qué gracia! ¡Te dieron *chiche*!”

ción del ruidito que hace el bebé al mamar, pero la palabra nos vino del náhuatl con onomatopeya y todo.)<sup>21</sup>

7. Los adjetivos *caguiche*, *lloriche*, etc. están, por otra parte, “en serie” con varios sustantivos que designan al niño mismo. Muchas de las maneras que se usan en España para referirse a él, desde que nace hasta que llega a la pubertad (*chicuelo*, *churumbel*, *morrocote*, *crío*, *braguillas*, etc.) son desconocidas en México, donde, en cambio, se usan no pocas de notorio origen náhuatl. Estas palabras no pueden haber nacido sino en boca de las pilmamas indias y/o en un ambiente social muy nahuatlizado. La más difundida de ellas es *chamaco*—equivalente del *pite* argentino, del *cipote* salvadoreño y del *garoto* brasileño—, que falta, curiosamente, en el diccionario de Robelo, según observa Becerra (cf. Molina: *chamaua* ‘crecer el niño’, ‘comenzar a estar de sazón la maçorca de maíz o de cacao’). Parece miembro de una familia en que están también *chamuchina* y *chamagoso*<sup>22</sup>. Otra es *escuincle*, tal vez algo menos usada que la anterior y un poco más expuesta a la connotación despectiva, puesto que el sentido primario de *itzcuintli* es ‘perro’ (“¡Malditos escuin-

<sup>21</sup> Es imposible no admirar profundamente a Corominas, ese catalán militante que, con su diccionario etimológico, le erigió al castellano un *monumentum aere perennius*, y que aprovechó ejemplarmente su experiencia personal de una parte del español americano. Y me llaman la atención dos ideas fijas muy tuyas: que muchas voces castellanas tenidas por descendientes del francés o del provenzal proceden en realidad del catalán, y que varias voces que comúnmente se creen de origen americano las traían en realidad los españoles al llegar a las Indias. Cuando Corominas sostiene una etimología catalana no puedo replicarle ni con media palabra, pero sí cuando habla como patriota español, según se verá luego.

<sup>22</sup> Corominas pone *chamuchina* en la familia de *chamuscar*, aunque no se ve allí la menor idea de chamuscamiento; significa —dice— ‘naderías’ en el *Guzmán de Alfarache*, ‘riña, pendencia ruidosa’ en México, y ‘populacho, muchedumbre’ en la Argentina, Chile, el Perú, el Ecuador y Guatemala. Pero en México, como observa Becerra, la palabra *chamuchina* significa primariamente ‘chiquillería’, ‘multitud de chiquillos’; él la ve compuesta de *chamahua* + *xinachtli* ‘semilla, prole’, y cree que es “una de las muchas que los colonizadores hispanos llevaron de México al Perú y Chile” (y también a España, testigo el *Guzmán*: el sentido que aquí tiene *chamuchina*, ‘naderías’, es bien explicable: ‘cosas de chiquillos’). Creo que en *chamuchina* entra una cola de la muy mexicana palabra *chamuco* ‘diablo’, que se aplica mucho a los niños traviesos. El caso de *chamagoso* ‘sucio’, otra mexicanísima palabra, es más claro. Icazbalceta sugiere *chamáctic* ‘cosa gorda y crecida’, pero si la idea de ‘crecer’ es clara (*chamahua*), la de ‘gordo’ no parece venir a cuento. En todo caso, constantemente sucede que los niños que van a la escuela muy aseados regresan todos chamagosos.

cles!”)<sup>23</sup>. Otra es *pilcate* ‘mocooso, muchachito’ (*pilli* ‘niño’ + *ca-tzáctic* ‘sucio?’). Otra es *pilguanejo* o *pilhuanejo*, ampliamente documentada. Los pilguanejos parecen haber sido en un principio los mandaderitos de los conventos. El elemento *pilli* ‘niño’ y el sufijo español *-ejo* (despectivo) están a la vista<sup>24</sup>. Otra palabra usadísima en México (aunque hay lexicógrafos que la olvidan) es *chilpayate*. Nadie, al parecer, ha dado con su etimología. (Becerra, que en la p. 13 de su libro hace un esfuerzo heroico e inconvincente, registra en la p. 110 el adjetivo *chilpo*, *-a* ‘pollo o polla encastados’, y de ahí ‘muchacho avispa y travieso’, lo cual parece un poquito mejor encaminado.) Otra más es *coconete* ‘niño pequeño’, que, a diferencia de *chilpayate*, está cayendo en desuso; y aquí la etimología es clara: *cónetl* ‘niño o niña’, cuyo reduplicativo es *cocone*. (Observa Becerra que *coconete* significa también cualquier ‘cosa pequeña con relación a otra’.)

8. La palabra *nene* merece consideración aparte. El *DRAE* la presenta como “voz infantil” de uso general, que significa por un lado ‘niño pequeño’ (si bien puede aplicarse, por cariño, a “personas de más edad”, sobre todo en femenino) y por otro lado ‘hombre muy temible por sus fechorías’ (¡notable “antífrasis”!). Corominas se ocupa de *nene* muy rápidamente (s.v. *niño*); dice que es “de fecha más reciente” que *niño*, lo cual es obvio: *niño* está ya en el *Cid*, mientras que *nene* se documenta apenas en el siglo XVIII (*Dicc. Aut.*); dice también que es “de uso menos extendido”, y lo explica como variante de *niño* “con vo-

<sup>23</sup> Becerra escribe *escuintle*, y censura a Robelo por escribir *escuincle*, “según su costumbre”. En efecto, “debiera” decirse *escuintle*, pero el paso de /tl/ a /kl/ no es raro: he oído decir *Clalpan* en vez de *Tlapán*. Esta “corrupción” ha triunfado en el caso de *escuincle*. Cf. la divertida nota de Becerra sobre *cacle*, otro caso en que /tl/ ha sido derrotado por /kl/.

<sup>24</sup> Hay que tener en cuenta que el plural de *pilli* es *pilhuan*. Si la palabra procede de este *pilhuan*, debe de haber nacido en plural: *pilhuan-ejos*. (Cf. *infra*, § 31, el verbo mestizo “*chapines/chihua*”.) Más convincente me parece la etimología de Ramos Duarte: *pilhuatia* ‘adoptar (a una criatura expósita)’. *Pilguanejos* eran los ‘niños de la calle’, los que no tienen padre ni madre ni Perrito que les ladre. Ser mandadero de un convento (de monjas) era ya algo. ¡Y vaya si tenían que hacer! (cf. la letrilla de Góngora “Mandadero era el Arquero, / ¡sí que era mandadero!”). La palabra *pilguanejo* tuvo vida: de ‘adoptado’, o sea “arrimado” a un convento, pasó a ser ‘el que por interés se apega a una persona de buena posición’ (Ramos Duarte). En Centroamérica, según Cabrera, *pilguaje* es ‘persona de baja estatura’ (despectivo). Hubo también, según Ramos Duarte, *pilguaneja* ‘concubina’ (o sea “arrimada”). Según Membreño, *pilguanejo* es “corruptela de *pingajo*”; Rubio se burla de él: “¡Eso será para los hondureños!”

calismo distinto y otras diferencias”, lo cual es también obvio (por un lado *i-o*, por otro *e-e*; por un lado /ñ/, por otro /n/), pero Corominas no explica el porqué de las diferencias; lo que hace es señalar, como de pasada, un *neno* < *ninnus* en documento portugués del siglo XIII (como si ese viejo y raro *neno* le diera a *nene* cierta pátina de antigüedad). Contada de esa manera, la historia de *nene* resulta muy confusa. Pero contada como lo hace Robelo en su *Diccionario de aztequismos* resulta bien clara. Robelo hace ver cómo y por qué *nene* es “palabra netamente mexicana”. Según Molina, *nénett* significa no sólo ‘la natura de la muger’, sino también ‘ídolo o muñeca de niños’: palabra perfecta para designar al niño muy pequeño, al *rorro*, al *poupon*. Con razón *nene* es palabra tan usada en México<sup>25</sup>. Y añado que de México deben de haberla llevado a España los que regresaban, los indios. Está, así, en serie con otras muchas palabras mexicanas que por útiles, o por pintorescas, o por bonitas, tuvieron vida en la metrópoli. (Más adelante se verán otros ejemplos.) Cuando Quevedo escribe su *Entremés del Niño* (por otro nombre *Peralvillo de Madrid*), la palabra debe de haber estado recién importada<sup>26</sup>. “El castellano *nene* es infantil o servil”, concluye Corominas. No veo por qué servil. La indicación del *Dicc. Aut.*, “voz festiva”, parece menos desacertada.

9. Otras designaciones de ‘niños’ son *jocoyote* (o *socoyote*) y *cuate*. *Jocoyote* es ‘el último hijo, el benjamín’. El *jocoyote* más

<sup>25</sup> Testimonio del uso es la productividad: Robelo (pp. 184 y 434) registra *nenepile* ‘lengua’ (*nenepilli* es, literalmente, ‘muñeca que está colgada’) y *tosnene* ‘periquito hablador como niño’ (*totzli* ‘periquito amarillo’ + *nénett*). En Honduras hay *neneque* ‘persona muy débil’, ‘inválido’, palabra que ha tenido la suerte de figurar en el *DRAE*.

<sup>26</sup> Los entremeses de Quevedo, como los de Quiñones de Benavente y otros de la época, se caracterizan por su “costumbrismo” más o menos exagerado y por su lenguaje de rabiosa actualidad. La gracia del “Niño” quevedesco consiste en hablar “aniñado” (como la Isabelítica de Góngora, la que “cheriba un ochavo de oro”): dice una vez *nenas* y cuatro veces *nene(s)*. Naturalmente —y con esto pongo en peligro mi brillante hipótesis— me hago la objeción de que una palabra como *ne-ne*, a semejanza de *ma-ma* y *ta-ta*, puede brotar en cualquier momento y aun en cualquier idioma, sobre todo en la zona coloquial o familiar. Pero me contesto a mí mismo: primero, no hay testimonio de *nene* anterior a Quevedo; segundo, si hubiera existido en Madrid un *nene* “familiar”, Quevedo no habría tenido necesidad de orientar sobre el tema de la obra llamándola *Entremés del Niño*; la habría llamado *del Nene* (pero dejó que el *nene* les tomara de sorpresa a los espectadores); y tercero, que sería absurdo imaginar una raya continua entre este *nene* y el *neno* del portugués medieval.

ilustre es, por supuesto, Moctezuma *Xocoyotzin*. Es voz muy usada. (En mi familia, de diez hijos, no hubo jocoyote sino *jocoyota*.) Los *cuates*, por su parte, son los ‘mellizos’, como Cástor y Pólux. Se llaman también *cuates* (o *cuatas*) las cosas anormalmente dobles, por ejemplo esos plátanos “siameses” recubiertos por una sola cáscara, o esos gajos de naranja parcialmente envueltos en un mismo pellejito (en este sentido se usa *cuates* en Boyacá, según Rosenblat). También hay desgracias *cuatas*. Su sentido más usual es el de ‘amiguísimo’, ‘uña y carne’ (“Fulano y yo siempre hemos sido cuates”, y aun “cuatísimos”)<sup>27</sup>.

10. Otras dos palabras bastante vivas que tienen que ver con la infancia son *chincual* y *chípil*. La primera significa ‘inflamación en la piel de los muslos y alrededor del ano, que aparece casi siempre a los recién nacidos y que les causa grande inquietud’ (Robelo). Viene de *tzintli* ‘el ojo del salvonor’ (Molina). Icazbalceta sugiere el locativo *tzinco* ‘en el ano’ + *atl* ‘agua’, evidentemente por ser el “agua” de los orines la causa principal de las comezones de los bebés. Santamaría propone “azteca *tzin*, el trasero, y *cualitzli*, carcomer”. Desde hace tiempo existe ya un remedio maravilloso para esa calamidad, el talco (“A bit of talcum/ is always welcome”, dice uno de los dísticos de Ogden Nash). Pero *chincual* sigue vivo sobre todo en la esfera figurativa: la ‘comezón espiritual’ que es una curiosidad insatisficha, un ansia por que algo suceda, unas ganas tenaces de algo. En cuanto a *chípil*, su etimología es aún más diáfana: *tzipitl* es ‘la criatura que está enferma o desgañada [sic: obviamente *desganada*] a causa de estar su madre preñada’ (Molina). Por extensión, *chípil* es también el marido que durante una preñez de la mujer se siente abandonado por ella. Es voz muy usada.

He aquí, finalmente, unas palabras sueltas relacionadas así mismo con el mundo de la infancia:

11. *achicopalarse* es ‘abatirse’ según Icazbalceta. Un niño *achicopalado* es el frustrado, el que se encoge y se encierra en sí mismo. Más que ‘abatido’, el *achicopalado* está ‘acobardado’ y ‘deprimido’. Es voz tan usada en México (“¿Qué te pasa? Te veo muy achicopalado”; “¡No se me achicopale, compadre!”), que yo la siento como nahuatlismo. Becerra cree que viene de

<sup>27</sup> Al lado de *cuate* bien podría estar *tocayo* (§ 22), que me parece igualmente “infantil”. Los niños son especialmente sensibles a la homonimia. Un adulto que se llame Antonio Alatorre no se sorprende de que haya otro Antonio Alatorre (u otros). Con los niños no sucede lo mismo.

*chico + palo*, quizá porque el *achicopalado* es el ‘niño (habitualmente) apaleado’; pero el proceso morfológico es raro, aparte de que en México no se usa el sustantivo *chico*.

12. *apapachar* ‘acariciar’, ‘mimiar’ es otro verbo usadísimo en México. La forma que suele dársele en los diccionarios es *papachar* (*DRAE*: *papachar* ‘hacer papachos’; *papacho* ‘caricia, en especial la que se hace con las manos’), pero la verdad es que todo el mundo dice *apapachar*. Santamaría y otros creen que viene del náhuatl *papatzoa* ‘ablandar fruta con los dedos, o cosa semejante, o abollar algo’ (Molina). Yo propongo otra etimología mejor: *papachoa* ‘traer las piernas al enfermo, o cosa semejante’ (también Molina). Si nadie la ha señalado es, creo yo, a causa de no haberse entendido el “*traer las piernas*”: el *DRAE* registra buen número de acepciones de *traer*, pero no ésa; y las acepciones antiguas que cita Corominas —‘arrastrar’, ‘tirar [de]’, ‘lanzar, arrojar’— tampoco ayudan. Quien explica el “*traer las piernas*” es el benemérito Francisco Rodríguez Marín en su comentario a unos versos del romance-serenata que la amantísima y rendidísima Altisidora le canta a Don Quijote (II, cap. 44): “los pies quisiera *traerte*,/ que a una humilde esto le basta”. Ese *traer* es ‘dar friegas’, ‘estregar’, ‘sobar’. La enamorada Altisidora se contentaría con hacerle a Don Quijote ese “humilde” *apapacho*. El otro verbo, *papatzoa*, tiene matices negativos: ‘magullar’, ‘abollar’ (cf. *papátzic* ‘carne o fruta muy blanda y magullada, o cosa rota’). No así *papachoa*. Después del significado ‘sobarle las piernas a un enfermo’ añade Molina: “o cosa semejante”, por ejemplo —pienso yo— sobarle las piernas (o la espalda) a quien está bueno y sano. En el pasaje del *Guzmán de Alfarache* que sirvió de inspiración a Cervantes, “*traer las piernas*” es también muestra de solicitud y cariño<sup>28</sup>. En todo caso, *apapachar* pertenece de lleno al mundo de la infancia. Los adultos que quieren (o se prestan a) ser apapachados están añorando las dulzuras de aquella edad. El término pertenece ya al vocabulario “técnico” del psicoanálisis mexicano: la funesta “madre *apapachadora*” sale a relucir constantemente.

<sup>28</sup> Además del pasaje del *Guzmán*, cita Rodríguez Marín uno de Moreto y otro de Quiñones de Benavente. En el *Entremés del enfermo*, de este último, pregunta el médico: “El fregamiento que mandé de piernas/ ¿hízose ayer?”; —“Las piernas *me trajeron*”, contesta el enfermo; y el gracioso comenta: “Holgárame saber dónde se fueron”. Debió de ser un chiste de cajón. Y se explica que la acepción ‘dar friegas’, ‘sobar’ se haya olvidado.

13. *ateperetarse* ‘hacer las cosas atolondradamente, sin cuidado’. No lo he oído. Es, según los lexicógrafos, voz del Sur de México y de Guatemala y Honduras. Tiene un “inconfundible” aspecto de nahuatlismo, pero no se conoce su origen concreto<sup>29</sup>. En todo caso, ¡vaya si son ateperetados los niños!

14. *campamocha* es la ‘mantis religiosa’. El nombre le viene de la pregunta *campa mo chantli?* ‘¿dónde está tu casa?’. Curiosamente, Robelo parece ver una simple coincidencia sonora entre la frase náhuatl y el nombre del insecto. Pero Becerra aclara bien: se trata de un “juego” que aprenden los niños; se le hace la pregunta a la campamocha y ésta, al mover una u otra de las patitas delanteras, contesta en qué dirección está su casa. Es claro que fue la pilmama india quien nos enseñó a jugar así. (La fascinación que ejerce este ortóptero parece universal. Es injusto que el *DRAE* haya admitido el *mamboretá* sudamericano pero no nuestra *campamocha*.) —El “juego” de preguntarle a la mantis religiosa dónde está su casa es como el “juego” (español) de pedirle al caracol que saque sus cuernos al sol. También el caracol es fascinante.

15. *chipote* ‘chichón’, palabra de uso generalísimo en México, viene de *xixipochoa* ‘hacer chichones o tolondrones’, *xixipóctic* ‘hinchado’ (Molina). En Icazbalceta se lee *xipotli* ‘chichón’. El *DRAE* dice sólo que *chipote* se usa en Costa Rica en el sentido de ‘manotada’ (cf. Gagini: ‘golpe que se da con el índice y el mayor sobre la muñeca y como pena en ciertos juegos de muchachos’). Corominas, s. v. *cipote*, le hace un lugarcito a *chipote*. Cita primeramente a Oviedo, que, “hablando de los bailes de los indios de Nicaragua, refiere que llevaban unas varas «y en la parte más gruesa e cabo de la vara un *cipote* o cabeza de cera», aplicación [sic] que hoy ha conservado en Costa Rica y otros países hispanoamericanos la variante *chipote*”<sup>30</sup>. En el curso de su exposición dice Corominas: “Conviene separar el castellano y portugués *cipote* de las palabras aztecas citadas por Gagini” (y por Icazbalceta y por Robelo). Lástima que él no lo haya hecho así, pues el *cipote* y el *chipote* hispanoamericanos, incluyendo el *cipote* colombiano (‘objeto abultado y disforme’) y el *cipote* gua-

<sup>29</sup> Ramos Duarte sugiere bable *trepeletar* < latín *trepidus*; y Becerra prefiere *teperete* < latín *trepide* ‘apresurado’ (sic). ¡Qué intrépidos los dos!

<sup>30</sup> Lo que dicen Gagini y Membreño es que uno de los significados de *chipote* en Costa Rica y Honduras es ‘flecha con un bodoque en su extremo’ (lo cual se parece a lo que dice Oviedo).

temalteco ('hombre rechoncho') no debieran estar bajo un *cipote* que "parece ser variante de *cepo* (<*cippus* 'pie del tronco de una planta')", documentada ya en Pero Guillén de Segovia, 1475 (completamente a salvo de sospechas de americanismo) y que posee acepciones muy variadas: 'porra', 'cachiporra', 'bo-bo, tonto', etc., hasta llegar a 'pene' (Murcia, Andalucía y la Argentina), "de donde finalmente 'muchacho pequeño' en Honduras y El Salvador"<sup>31</sup>. A mí me parece sumamente improbable que de la infrecuente acepción 'pene' se haya pasado a la acepción 'muchacho pequeño'.) En todo caso, *chipote*, en México, es nahuatlismo que significa 'chichón, tolondrón' y pertenece eminentemente al mundo de los niños. Nunca hay tantos chipotes como en la infancia<sup>32</sup>.

16. *matatena* es 'juego de muchachos que consiste en tomar del suelo cierto número de piedrecillas, a la vez que una primera y las que se van tomando se lanzan hacia arriba y se reciben en la palma o en el dorso de la mano': deformación de *matetema* 'llenar las manos con piedras', de *maitl* 'mano' + *tetl* 'piedra' + *tema* 'llenar'.

17. *piocha* es hoy, en México, 'la parte de barba que se deja en el mentón sin rasurar' (lo que es *barbiche* en francés y *goatee* en inglés), extensión semántica, y seguramente humorística en su origen, de la antigua *piocha* de los niños, de *piochtli* 'cabellos que dexan en el cogote a los muchachos quando los tresquillan', como dice Molina (*cogote* es aquí 'la parte trasera del cráneo'; cf. *infra*, § 39). Otra curiosa extensión semántica es la registrada en el *DRAE*: 'joya de varias figuras que usaban las mujeres para adorno de la cabeza' y también 'flor de mano [i.e., artificial], hecha de plumas de aves' (¡por supuesto que de aves!). He aquí mi hipótesis: esos adornos mujeriles, añadiduras o "excreencias" por encima del peinado, fueron un producto mexicano de exportación, hecho de "plumas delicadas"<sup>33</sup> o

<sup>31</sup> ¡Los inolvidables *Cuentos de cipotes* del salvadoreño Salarrué! (¿Habrá alguna relación entre *cipote* y nuestro *chipote*?)

<sup>32</sup> Becerra registra *chipotazo* 'golpe' y *chipotear* 'dar chipotes' (?). Se puede de añadir que hay individuos *chipotudos*: "el chipotudo", o "el mero chipotudo" es 'el más importante', 'el que sobresale' (seguramente a la manera como el chipote sobresale de la piel circundante).

<sup>33</sup> El arte plumario de los indios mexicanos fue admiradísima en Europa. En 1532 unos frailes dominicos le regalaron a Clemente VII varias "imágenes de pluma", sobre todo "una mitra de pluma maravillosamente obrada, que avía sido de un sacerdote de los ídolos, y otra hecha de pedrería de turque-

bien de plata (con engaste de piedras más o menos preciosas). Según el *DRAE*, esta *piocha* viene del italiano *pioggia* ‘lluvia’, cosa que Corominas, cuestionadamente, pone en duda (¿por qué de *pioggia*? “¿por alusión a la lluvia de oro de Júpiter?”; pero “no hallo tal acepción en italiano”). En México, *piocha* es también ‘el mentón’ mismo.

18. *pustequé/puisteque* es voz que no figura en los diccionarios. Debe de ser regionalismo de Jalisco (o de la porción occidental de Jalisco). Es el niño desganado, el que no se acaba su plato de sopa.

#### ETIMOLOGÍAS NEGADAS, DISCUTIDAS Y DISCUSIBLES

Las voces de la “familia” de *metiche*, y también la voz *chiche*, no son las únicas cuya “mexicanidad” ha sido negada (o puesta en tela de juicio). En el desfile que sigue hay, además de los mexicanismos, algunos “americanismos” que se hallan en este caso.

19. La obstinación “anti-americanista” de Corominas es patética en el caso de *tabaco*. Siempre fue claro que la planta y la costumbre de fumar eran cosas americanas. Oviedo habla de “una hierba que llaman *tabaco*”, una hierba que “en lengua desta isla de Haití o Española se dice *tabaco*”, y Las Casas hasta instruye a los lectores en cuanto a pronunciación: “*tabacos*, la media sílaba luenga” (o sea, con acento en 2<sup>a</sup> sílaba). Pues bien, a pesar de tan contundentes testimonios<sup>34</sup>, Corominas se

sas y esmeraldas” (fray AGUSTÍN DÁVILA PADILLA, *Historia... de la provincia de Santiago de México*, 2<sup>a</sup> ed., Bruselas, 1648, pp. 59-60). Hacia 1665, el novohispano Alejandro Fabián le enviaba al P. Athanasius Kircher, a cambio de libros y de instrumentos ópticos, diversos productos autóctonos: barras de plata, chocolate y sobre todo imágenes hechas de infinidad de plumas (cf. su epistolario en IGNACIO OSORIO, *La luz imaginaria*, México, 1993, pp. 36-37, 55-58, 83-86, 91-94, 103 etc.). En 1686 un poeta novohispano compara la hermosura de la Virgen con la de una “lámina de Mechoacán” (villancico “atribuible” a Sor Juana según A. Méndez Plancarte; véase su edición, t. 2, p. 314, y la nota de la p. 505). Las imágenes que Fabián le mandaba a Kircher estaban hechas también en Michoacán (en Pátzcuaro).

<sup>34</sup> Como para mermarles autoridad, dice Corominas que se contradicen, pues si Oviedo habla de “una hierba que llaman *tabaco*”, también dice que “[al] instrumento con que toman el humo llaman los indios *tabaco*, e no a la hierva o sueño que les toma”. Se le escapa a Corominas la conjunción *o*: “hierva o sueño”, y olvida que él mismo, s.v. *herba*, encuentra “notable” la frecuencia antigua (y americana actual) de la acepción ‘veneno’ (cita a Juan de Valdés: “*Yerbas* llamamos en Castilla lo que acá [en Italia] llamáis *tóssigo*, y

empeña en derivar la palabra *tabaco* del árabe *tabbâq* ‘cierta planta medicinal’, voz que pasó al italiano ya en el siglo xv (*tobacco*) y en la cual “los romanistas Volpi, Bertoni y Richter” vieron, como es natural, una curiosa coincidencia con *tabaco*. No hay el menor testimonio de la existencia de *tabaco* ‘planta medicinal’ en España, pues aquí tuvo *tabbâq* una suerte distinta que en Italia: dio *altabaca* (Laguna, *Dioscórides*, 1555), palabra que subsiste en Canarias, según Corominas (pero sin significar ‘tabaco’). Esto no lo arredra: apoyado en la muy endeble autoridad de L. Wiener, sostiene que el antiguo *tobacco* italiano no es “un mero homónimo” de nuestro *tabaco*, sino que se trata de *un solo* vocablo, “procedente del Viejo Mundo”<sup>35</sup>.

¿Y por qué generaciones y generaciones de filólogos han tomado *tabaco* como americanismo? Porque confunden —dice Corominas— la palabra con la cosa; la cosa es del Nuevo Mundo, pero la palabra es del Viejo (“¡Tan fuerte es el prejuicio que causa el origen americano de la planta!”). Y, como para mostrar que esta disociación no tiene nada de raro, añade que “americanos son el pavo, el maíz y la patata, lo que no impide que sean *europeos* sus nombres”<sup>36</sup>. A mí no me cabe duda de que el

también a los pastos”... etc.). Evidentemente, si Oviedo creyó necesaria su aclaración, fue porque algunos españoles llamaban también *tabaco* al efecto del humo inhalado, ese pequeño envenenamiento o borrachera (*paradis artificiel*) que produce. Con el humo, dice Las Casas, los indios “se adormecen las carnes y quasi emborrachan, y así dizque no sienten el cansancio”. — También la observación de Oviedo, de que “al instrumento llaman *tabaco*”, coincide con lo que dice Las Casas: *tabacos* son “unas yerbas secas metidas en una cierta hoja seca también”: tal vez una hoja entera del mismo tabaco, como se hace en los puros, o tal vez una hoja seca de maíz, cosa que sigue usándose en el México rural.

<sup>35</sup> Lo curioso es que el propio Corominas reconoce que Wiener “se desprendió” entre sus colegas porque “en numerosos casos donde la procedencia americana es indiscutible” hizo lo mismo que con *tabaco*; y observa que, según Wiener, “aun la planta [...] se hallaba en el Viejo Mundo”. (Antiamericanismo patológico.)

<sup>36</sup> Veamos esto despacio. Primero, *pavo* no es el “nombre europeo” del guajolote, sino uno de sus nombres europeos (fr. *dinde* [*d'Inde*] o *dindon*, it. *tacchino*, ingl. *turkey*, al. *Truthahn*, etc.). Segundo, si alguien ha descubierto que *maíz* es “nombre europeo”, Corominas no dice quién (¿no será el susodicho Wiener?). Y tercero, si *patata* es “nombre europeo” (fr. *patate* [al lado de *pomme de terre*], ingl. *potato*, etc.), es porque las naciones europeas adoptaron la palabra fabricada por los españoles, revoltillo de *papa* (voz quechua) y *batata* (voz taína). Algunos escritores hispanoamericanos, como Martí y Borges (pero el Borges joven) han escrito *patata*, sí, pero lo que se dice es *papa*. En España misma, según Corominas, hay zonas en que se dice correc-

prejuiciado es él y no Volpi & Co. Este prejuicio se verá varias veces en lo que sigue.

20. Muy parecido al anterior es el caso de *baquiano*, “voz americana casi desde la primera hora del Descubrimiento: está documentada desde 1544, y los primeros cronistas la consideraron de origen antillano” (Rosenblat). El *baquiano* es el que ya tiene experiencia del mundo nuevamente descubierto, el que lleva tiempo probando fortuna y conoce la geografía física y humana y se ha adaptado a los usos de la tierra. Fue, naturalmente, un personaje importantísimo en los primeros tiempos, y hubo *baquianos* en todas partes. Juan de la Cueva, que residió de 1574 a 1577 en México, dice en su famosa Epístola V que hay platillos mexicanos tan fuertes, que hasta los *baquianos* “huyen y se excusan” de comerlos, ¡cuánto más los *cachopines*, o sea los bisoños, los recién desembarcados! (cf. mi citada “Historia de la palabra *gachupín*”, p. 287). En México y en las Antillas, quizá por ser las zonas que “se asentaron” primero, los *baquianos* dejaron de ser importantes y la palabra ha desaparecido, pero sigue viva en Centroamérica y sobre todo en Sudamérica. Oviedo, que habla no poco de los *baquianos*, se refiere en un lugar a “los pobladores que acá llaman *de baquía*”. De esta rara “variante” se agarra Corominas para armar su tesis: *baquiano*—dice—viene del árabe *baqīya* ‘restos, residuos’. En efecto, “parece” que en América se llamaron al principio *hombres de baquía* “los que quedaron de expediciones anteriores”. En realidad, digo yo, lo importante es que fueran ‘expertos’, pero Corominas se empeña en ver a los *baquianos* como ‘los restos, las sobras’. Lo curioso es que, como en el caso de *tabaco*, él mismo dice cuál es el verdadero producto de la voz árabe en España: *albaquía* ‘resto de una deuda’ (Nebrija). Hubiera podido preguntarse cómo es que los españoles que vinieron a Indias emplearon sistemáticamente *tabaco* y *baquía*, palabras inexistentes, en vez de las hispanizaciones normales (y existentes) *altabaca* y *albaquía*<sup>37</sup>.

tamente *papa*, a la americana (Canarias, Almería, Murcia, Extremadura y aun “pueblos de habla catalana de la Ribera Alta”). Corominas hubiera podido dar mejores ejemplos de cosas de América que tienen hoy nombre español, porque los hay, y muchos. En el desfile irán no sólo el *armadillo*, el *perezoso* y el *oso hormiguero*, sino también el *león* y el *tigre*, que se llamaron así por analogía con felinos del Viejo Mundo.

<sup>37</sup> Corominas, sin embargo, aparenta no estar muy seguro de su tesis, pues caracteriza *baquía* como “voz americana de origen incierto”. Americana, desde luego (nunca se usó en España), pero ¿de origen incierto? Nin-

21. Casi todo el espacio del artículo *petate* (palabra sobre cuyo origen no hay mucho que decir) lo dedica Corominas a *petaca*: es, según él, “compuesto” de *petate*, pero ¿no es notable que en el *Mahabharata* y en Kalidasa se lea la palabra *pītaka(h)* o *petaka(h)*, que en pali significa ‘cesta’, ‘bolsa’, ‘cajita’?<sup>38</sup> Un lingüista como Bertoni diría que es notable en efecto, pero que coincidencias así no son raras (es como el parecido del *tabacco* italiano del Quattrocento y el *tabaco* americano)<sup>39</sup>. Corominas lo sabe, pero no le es fácil renunciar a su idea. ¿No habrá pasado la voz sánscrita *pītaka(h)* “de la India a Méjico por vía indígena [!] a través del Pacífico”? No, esto “parece” inadmisible. ¿Y una “transmisión filipina”? Tampoco: “parece” cronológicamente imposible. “Todo indica que se trata de una verdadera casualidad”, concluye. Pero al menos rompió su lanza por el Viejo Mundo.

22. El *DRAE* se abstiene, prudentemente, de darle etimología a *tocayo*. Pero Corominas, aunque dice que es de “origen incierto”, entra de lleno en el asunto. Vicente Bastús, español, dijo en su *Diccionario* (1828-1831) que la palabra *tocayo* venía de una fórmula ritual de la antigua Roma: al llegar la comitiva nupcial a casa del novio, la novia le decía: *Ubi tu Cagus, ibi ego Caja*. ¡No es eso!, contestaron, a su debido tiempo, los americanistas: *tocayo* procede claramente del náhuatl, donde hay un *tocáitl* ‘nombre’ y un *tocayotia* ‘nombrar a alguno, llamarlo por su nombre’. Pero Corominas declara que esta etimología “no ha logrado convencer generalmente” (o sea que no ha logrado

gún autor, dice, “afirma claramente que sea voz indígena”. ¿Y por qué habían de afirmarlo “claramente”? Oviedo y todos sabían que la voz era antillana, y en seguida quedó ésta “integrada” al idioma (como *tabaco*, o *maíz*, o *canoa*). — Sobre *baquiano* y *baquia* hay muy buena documentación en L. J. CISNEROS, “Peruanismos...”, art. cit., pp. 43-52. — Es curioso el caso de Becerro; dice que “*baquia* no es voz haitiana”, sino maya (*baklik* ‘a la redonda, en contorno’); y dice también que *tabaco* no es “caribe”, sino maya: *tabakaj* (*ta* ‘allí’ + *bakaj* ‘enrollar, liar’).

<sup>38</sup> En España, la *petaca* es cajita (estuche para los pitillos); en México puede ser enorme. Caso análogo es el de *jícara*, que en España es únicamente la tacita en que se sirve el chocolate.

<sup>39</sup> Una coincidencia que ha llamado mucho la atención es la de *teotly theós*: el elemento *teo-* de *teocalli* “podría” venir del griego, o el elemento *teo-* de *teología* “podría” venir del náhuatl. Es posible que alguien haya tomado esto más o menos en serio, pues en cierto momento se creó la leyenda de que el apóstol Santo Tomás (que hablaba griego) había venido a México, donde lo llamaron Quetzalcóatl. (Cf. *supra*, final del § 5, el *Atlántico < atl* del Doctor Atl.)

convencerlo a él), e insiste en el *tu Cajus*. No se plantea la cuestión de cómo se mantuvo con vida una formulilla tan ajena al derecho civil y al derecho canónico de España, y se excusa diciendo que “faltan investigaciones semánticas en textos antiguos”. Su único argumento es éste: “Como la documentación más antigua del vocablo procede de España, no es probable que derive del náhuatl”. En efecto, la primera documentación de *tocayo* está en el *Dicc. Aut.* Pero lo único que esto prueba es que a comienzos del siglo XVIII *tocayo* era ya de uso común en España.

Aquí se impone una reflexión. Los españoles que habían residido algún tiempo en México se llevaban a España muchos *usos* adquiridos, y que tuvieron éxito (como el chocolate, el guajolote y aun la piocha y el llamar *nene* al niño chiquito). El *uso* del nahualtismo *tocayo* entra en esa categoría: era una voz pintoresca, precisa y nueva. (Con toda razón la pesada palabra *colombroño*, que significaba lo mismo, cayó en desuso.) Esta especie de fascinación influyó en la adopción de otros mexicanismos. Es significativo el caso de Francisco Fernández de la Cueva (1692-1757), que, como hijo del duque de Albuquerque, virrey de la Nueva España de 1702 a 1711, vivió en México “desde los diez a los diecinueve años” y aquí se aficionó a la poesía (como Agustín de Salazar y Torres medio siglo antes). En 1721 publicó en Madrid, bajo el pseudónimo “Pedro Silvestre”, un largo poema jocoso, *La Proserpina*. Dejó manuscritas otras fábulas mitológicas burlescas, una de ellas la de *Dánae* (la doncella a quien Júpiter sedujo convirtiéndose en lluvia de oro). En ésta, llevado por el tono “coloquial” propio del género burlesco, el poeta suelta de pronto dos nahualtismos:

...Todas las noches llovía  
el oro en el *tapalquiagui*,  
que codiciosos recogen  
los mozos en *tapalcates*,

no sin traducirlos en seguida:

Términos son mexicanos,  
y explican, en buen romance,  
que el agua cogen menuda  
en cascós de barro frágil<sup>40</sup>.

<sup>40</sup> J. M. DE COSSÍO, *Fábulas mitológicas en España*, Madrid, 1952, pp. 805-812. No sé qué será el *tapalquiagui*. En cuanto a *tapalcates*, estuve a punto de

Dije antes (§ 3) que de muchos mexicanismos no hay constancia escrita anterior al siglo xix. La tempranísima documentación del ínfimo *tepalcate* fue una feliz casualidad. Y el mismo poeta atestigua un *uso* aún más exótico. En la fábula de *Narciso* cuenta cómo la ninfa Liríope se va desnudando poco a poco:

Bordado todo de seda  
bello un *quimón* se despoja,  
que le trajeron de China  
en aquella última flota.

No hace falta recordar que muchas cosas orientales —esculturas de marfil, porcelanas, laqueados, biombos, etc.— fueron llevadas a España desde México<sup>41</sup>.

Vuelvo al asunto principal. El argumento de Corominas contra la mexicanidad de *tocayo* es que “no hay en náhuatl un adjetivo que pudiera servir de base”. ¡Como si *tu Cajus* fuera adjetivo! (Además, *tocayo* no es adjetivo, sino tan sustantivo como *primo*, *tío* o *cuñado*.) Y he aquí la sorprendente conclusión: *tocayo* “más bien parece ser un término humorístico y callejero nacido en España”, en prueba de lo cual observa que “*tocayu* y *tocaya* eran ya usuales en bable en el año 1804”. (O sea, digo yo, que el nahuatlismo tuvo tal aceptación en España, que llegó, aunque un poco tarde, hasta al rústico bable.)<sup>42</sup>

23. Si en los casos anteriores acude Corominas al árabe, al sánscrito y al latín para negar o al menos hacer sospechosas las

creerlo errata por *tepalcates*, que es como siempre he oído; pero luego vi que Molina trae *tapalcall* ‘caxco de vasija de barro quebrada’.

<sup>41</sup> Corominas observa que la primera documentación de *quimono* está apenas en el DRAE de 1925, y dice que “los portugueses se familiarizaron con el vocablo desde mucho antes”. Pero el *quimón* que acaba de verse debe de ser contemporáneo del *quimão* portugués. – Otro caso de “mediación” novohispana es *maque*. Corominas lo halla en el DRAE de 1884, pero ya en 1692 un elogrador español de Sor Juana decía (vol. 2 de las *Obras*, prels., *ca. fin.*): “La China y Guadalaxara, / una en *maques*, otra en barros, / traían rebuelta a España”, pero ahora, olvidada de *bibelots* orientales y de jarritos de Guadalajara (=Tlaquepaque), lo que hace España es leer a Sor Juana.

<sup>42</sup> Entre lo poco que recuerdo del cursillo de náhuatl que dio Wigberto Jiménez Moreno en El Colegio de México en 1948, está la explicación de las palabras *Motolinia* y *Cuernavaca*, la de *guarache* (que no viene del náhuatl, sino del tarasco) y también la de *tocayo*. Le comenté esto último al Dr. Amancio Bolaño e Isla, profesor de historia del español en la Universidad, y él me dijo más o menos: “Sí, ya conozco ese cuento, naturalmente falso; *tocayo* viene de una frase del derecho romano...”, etc. (Bolaño e Isla era español.)

etimologías americanas, en el caso de *molinillo* acude a la propia palabra española *molinillo*, documentada ya en 1219 (trescientos años justos antes de que Cortés desembarcara en Veracruz). Sabe que hay americanistas que dan a *molinillo* origen náhuatl, pero esto, para él, es un supuesto “innecesario e improbable”. Ciertamente *molinillo* ‘molino pequeño’ se ha dicho desde siempre (desde que la palabra sería *moliniello*) y se sigue diciendo, pero nuestro *molinillo* es otra cosa: no sirve para moler nada, sino para batir y dar espuma a un buen chocolate. Y en náhuatl hay *moloa* ‘desleír’, *molinia* ‘menearse o bullir algo’ y *moliniani* ‘cosa que se mueve o menea’. (Lo que puede concederse es que el *-illo* de *molinillo* ‘molino pequeño’ facilitó la formación del mexicanismo.)<sup>43</sup>

24. Es bien conocida en México la *biznaga*, cactácea chaperra y boluda, toda llena de espinas. Nada tiene que ver con la *biznaga* española (que procede del latín *pastinaca* ‘zanahoria’ a través del mozárabe *bisnâqa*). Becerra propone que la voz mexicana se escriba *visnaga*, lo cual está bien pensado. Según él, viene del náhuatl *huitz-nácatl*: *huitzli* ‘espina’ y *nácatl* ‘carne’, ya que la *biznaga* es carnosa: con ella se hace un dulce llamado *acitrón*. Pero ‘carne de espina’ no convence. Es mucho mejor la explicación de Robelo y Rubio: *huitznáhuac*, que significa ‘rodeado de espinas’ tal como *Anáhuac* es ‘lugar rodeado de agua’ (*atl*) y *Cuauhnáhuac* (> *Cuernavaca*) ‘lugar rodeado de árboles’ (*cuauhtli*). Pero de esto no dice nada Corominas. Para él no hay más que una *biznaga*<sup>44</sup>.

<sup>43</sup> Becerra, que explica bien lo anterior, hace una reflexión que conviene reproducir: “Sé que no faltarán quienes piensen que estas repatriaciones etimológicas son meros juegos y sutilezas imaginativas. Yo preguntaría a estos señores si no han creído siempre que a las conocidas Cumbres de Maltrata las llaman así porque positivamente «maltratan a [quienes] ascienden o bajan por ellas»... Pues bien, leyendo a Bernal Díaz del Castillo u otro autor antiguo, se entera uno de que *Maltrata* no tiene nada que ver con el verbo castellano *maltratar*, sino que es castellanización de la primitiva voz [náhuatl] *Matlatlan*” (de *mátlatl* ‘red’). — El “recaudo de chocolate” enviado por Sor Juana a la Condesa de Galve (ed. Méndez Plancarte, núm. 44) incluye chocolate *en polvo* (v. 36), un molinillo con sus indispensables “ruedas” para batirlo (v. 52) y quizás también un bonito jarro vidriado.

<sup>44</sup> Lo curioso es que Becerra, que en general se muestra buen conocedor de cosas de botánica, incurre en el error contrario, pues supone que nuestra *biznaga* “ha sido, más bien, llevada de América a Europa”. (¿Tendrá muchos usuarios la *biznaga* española? Yo lo dudo. En cambio, los de la *biznaga* mexicana somos millones.)

25. Los mexicanos sienten, como es natural, que el conocidísimo *chile piquín* se llama así porque pica mucho (*picar* ‘enardecer el paladar ciertas cosas excitantes’). Pero no es eso. La Real Academia española ha sido bien informada en este caso por su correspondiente mexicana: *chile piquín*, o *chilepiquín* (o *chiltipiquín*, como dice el *DRAE*), es *chile + tecpin* ‘pulga’. No hay en el *DRAE* anotación geográfica, pero cabe suponer que eso *no se dice* en Cespedosa de Tormes ni en Tucumán. Y el chile *piquín* no es ‘pimiento’ sin más: es muy *picoso*<sup>45</sup>, cosa notable, pues es tan chiquito como una pulga. (En realidad hay chiles piquines que llegan a medir hasta un centímetro.) En el *DRAE* consta también *pique* ‘especie de pulga, nigua’ como voz del español general, lo cual es disparate. Corominas no dice ni media palabra sobre el asunto<sup>46</sup>.

26. El *tapanco* está bien descrito por Robelo: “maderamiento entablado con que se divide la altura de un cuarto, en una parte de él, para utilizar aquel espacio”. Esta manera de agrandar la superficie “habitable” (un “medio piso”, una especie de mezzanine) es un rasgo característico de la arquitectura tradicional de México, rural lo mismo que urbana. Y no tiene nada de raro que el *tapanco* (la cosa y la palabra) haya gozado de estima fuera de México. La palabra viene del náhuatl *tlapantli* ‘azotea o terrado’, o bien del locativo *tlapanco* ‘en la azotea’. El *DRAE* registra *tapanco* como voz filipina que significa ‘toldo

<sup>45</sup> Este adjetivo es, a su vez, un mexicanismo de mucha vitalidad. El *DRAE* dice que *picoso* se aplica “al que está muy picado o señalado de viruelas”, acepción que da como de uso general, pero no es así. En México, por ejemplo, el picado de viruelas se llama *cacarizo* (o *cácaro*).

<sup>46</sup> Otro nahuatlismo, *cajete*, que falta también en Corominas, figura sin etimología en el *DRAE*. Ésta (náhuatl *cáxitl*), como dice Becerra, “bien pudo hallarse en Molina, Simón, Icazbalceta, Mendoza, Robelo y otros”. Los académicos, por lo visto, no quisieron comprometerse: ¡*cajete* suena tan español! Lo malo es que no tiene que ver con *caja*. La palabra *cáxil* entra en la composición de *mulcáxil*, de donde viene *molcajete*. Dice el *DRAE*: “*Molcajete*, del mejicano *mulcaxitl* [errata por *mulcáxitl*] ‘escudilla’: mortero grande de piedra o de barro cocido, con tres pies cortos y resistentes”. Vale la pena leer las sensatas “rectificaciones” de Becerra: primero, el significado de *mulcáxitl* no es ‘escudilla’, sino precisamente ‘molcajete’ (la escudilla es la que se llama *cáxil*); segundo, el molcajete no es un “mortero grande” (sino del tamaño de un almirez); y tercero, “debió decirse para qué sirve”; es decir, falta explicar el elemento *mol*. El *molcajete* es el recipiente en que se hace el *mole* (*mulli* ‘cierta salsa’, especialmente adecuada para el guajolote). Pero Becerra predicó en el desierto: el texto del *DRAE* sigue igual.

abovedado hecho con tiras de caña y de bambú”, y dice que viene de *tapar*. Debiera haber referencia cruzada entre *tapanco* y *tabanco*, pues en esta segunda forma es donde se halla, por ejemplo, la porción centroamericana de la historia (*tabanco* ‘desván, sobrado’)<sup>47</sup>. Pero el *tapanco* mexicano queda hundido en el silencio, cuando no obliterado del todo, pues nadie lo reconocería ya en la palabra *sotabanco* ‘piso habitable colocado por encima de la cornisa general’. Este *sotabanco* es, todo lo europeizado que se quiera, lo mismo que el humilde pero ingenioso *tapanco* de México. Los académicos, naturalmente, derivan *sotabanco* de *sota* ‘debajo de’ y *banco*. No explican por qué *sota*, habiendo dicho que la construcción se hace *por encima* de la cornisa; y en cuanto a *banco*, explican “*banco*, por hilada”, pero no se ve dónde entra la hilada. El *sotabanco* español, a semejanza de la *patata*, es vulgar deformación del americanismo, esta vez con “etimología popular” y todo.

Corominas mantiene la etimología de *tapanco* que da el DRAE: el verbo *tapar*. No pone la palabra entre los “derivados”, sino entre los “compuestos”, al lado de *tapaboca* y *taparrabo*. Pero si en estas dos voces es claro lo que se tapa, no se ve qué es lo que tapa el *tapanco*. En cuanto a *sotabanco*, Corominas lo pone simplemente al lado de *sotacaballerizo*, *sotaministro*, etc. (De nuevo: el *sotacaballerizo* está por debajo del caballerizo, pero ciertamente el *sotabanco* no está por debajo de nada; es lo contrario de un sótano.)

27. Ante la definición de *galpón* que había en el DRAE de 1925, ‘departamento destinado a los esclavos en las haciendas de América’, socarronamente preguntaba Becerra: “¿De qué país [americano]? ¿Ahora?”. La definición se corrigió después: *galpón*, “probablemente del náhuatl *calpulli*”, es ahora ‘departamento que se destinaba a los esclavos’ en los viejos tiempos. En realidad, era cualquier lugar de reunión, amplio y techado. La palabra *galpón*, que Oviedo aplica a la sala principal del palacio

<sup>47</sup> En Centroamérica y en el Sur de México, dice Becerra, *tapanco* o *tabanco* es “el tendido horizontal de cañas o de carizos que se pone sobre los tirantes o las vigas, y que forma, a la vez que el cielo de la habitación o pieza que cubre, el piso de un desván gatero cubierto directamente por el tejado”. Así, pues, en las regiones mencionadas por Becerra *tapanco* se convirtió en *tabanco* (quizá por contaminación con *banco*?). En su descripción, más minuciosa que la de Robelo, dice Becerra “tendido de carizos” en vez de “maderamen”, lo cual querrá decir que son las casas rurales las que tienen tapancos. (En Filipinas se hacen con “tiras de bambú”.)

de Moctezuma, no puede ser sino adaptación de *calpulli*, ‘la casa en que se reunían los tatoques para deliberar’, como dice Becerra (en Honduras y Guatemala subsiste *calpul* ‘reunión, conciliáculo’). Un rasgo muy frecuente en los nahuatlismos de la primera hora es su excesiva hispanización: *Tlacopan* > *Tacuba*, *Huitzilopochtli* > *Huichilobos*, *Huitzilopochco* > *Churubusco* y *Cuauhtémoc* > *Guatemuz*. Es lo que ocurrió en *calpulli* > *galpón*, con ese -ón que indica claramente la amplitud del espacio, pero que desfigura la palabra al grado de que muchos lexicógrafos no la reconocen como nahuatlismo. Corominas, en cambio, concede “verdadero peso” a los testimonios en favor del origen náhuatl, pero no lo acepta sino con reservas: *galpón*, dice, viene “probablemente” de *calpulli* (como si todavía estuviera por verse)<sup>48</sup>. En todo caso, si notable es la difusión de *galpón* ‘cobertizo grande con paredes o sin ellas’, también lo es el hecho de que en México no se usa. Así como los españoles se quedaron sin el *vos* de los siglos de oro (“*vos tenés*”, “*decí lo que pensás*”), y así como los dominicanos se quedaron sin *baquiano*, así nosotros nos quedamos sin *galpón*<sup>49</sup>.

28. En la voz *tiza*, Corominas renuncia al “probablemente”: la evidencia de la etimología náhuatl, *tícatl*, es abrumadora. Pero añade: “De no conocer estos datos habríamos podido creer que, empleándose primero con los mismos usos que un pedazo de carbón, hubiese pasado el nombre de éste a la tiza, [que es] blanca”. (Sí, hubiera podido ser.) Curiosamente, también sin *tiza* nos quedamos en México. Lo que decimos es *gis* (<*gypsum*>), palabra que, como dice Corominas s.v. *yeso*, figura en Terreros (siglo XVIII) como término pictórico.

<sup>48</sup> Después de decir que Rubio no creyó en la nahuatlidad de *galpón*, añade Corominas: “En 1944 Ángel Rosenblat me comunicó su autorizada opinión, también contraria a este origen”. Pero Rosenblat no se quedó plantado allí. Dice en *Buenas y malas palabras*: “Hay cierta resistencia a admitir esta etimología, en parte porque no se conoce *galpón* en México (allí se llama *galera* [o *galerón*]). Pero algo análogo sucede con *tiza*, un nahuatlismo general en América [y en España!], y casi desconocido en México”. (Con este *pero* repudia Rosenblat, discretamente, su opinión de 1944.) A la objeción de Icazbalceta, Rubio y Santamaría, de que en náhuatl no hay fonema /g/, el propio Corominas contesta que no son raros los casos de sonorización.

<sup>49</sup> La palabra está en el Inca Garcilaso y, antes de él, en la *Relación de Pedro Pizarro* (1570), texto aducido por CISNEROS, art. cit., p. 82. Para esas fechas era una palabra plenamente “incorporada”.

29. Parecida a la historia de *galpón* y de *tiza* es la de *pulpería*: muy difundida en Sudamérica, es desconocida en México. Se trata, a todas luces, de una alteración de la palabra *pulquería*. El jurista Solórzano Pereira cita una cédula de 1631 en que se ordenaba “que en cada [lugar] se señalan ciertas tiendas [llamadas] en las Indias *de pulpería o pulquería*”. Hacia 1641 el judío portugués Sebastián Rodríguez compró vino en Trujillo y se lo llevó a Panamá; “puso una *pulquería* para venderlo”, y “en el oficio de *pulpero*” se quedó en Panamá durante tres años.

A estos testimonios, recogidos por Rosenblat, puedo agregar el de Gil López de Armesto en su entremés *Los nadadores de Sevilla y de Triana* (*Sainetes y entremeses*, Madrid, 1674). Dialogan, en Sevilla, un mercader y un negro nacido y criado en el Perú. El mercader pregunta: “¿De qué servías en Lima?”, y contesta el negro:

De andar por calles y plazas  
vendiendo maní tustaro,  
pipián, leche cuajara,  
charque, tamales, maíz,  
camarón, chochoca, paltas,  
ají, chicha, chiltomates,  
plantanicos y guayabas,  
cangrejo con su candillo  
y con salpimienta papas,  
y otras dos mil *pulquerías*.

Aquí lo curioso es la sinédoque: *pulquerías* no son las tiendas, sino las cosas que en ellas se venden, —y cuyo “panamericanismo” es de llamar la atención. (Véase *infra*, nota 63, mi comparación entre estos versos y otros de Lope de Vega.) No sé nada de López de Armesto, pero es evidente que vivió en el Perú durante un tiempo. Su testimonio es muchísimo más rico que el de Fernández de la Cueva, el de los *tapalcates* (§22).

La alternancia que se ve en estos testimonios no pudo darse en México, donde sólo se dijo *pulquería*, palabra hecha de *pulque* y el sufijo español *-ería*, indicador de ‘lugar en que algo se vende’. Las pulquerías de los primeros tiempos serían lo mínimo: un indio con un jicarón de pulque y algunos jarros (quizá de diversos tamaños); o bien un “tenderete”: una mesa, un par de bancos, un tapasol como los de los tianguis. (Las pulquerías siguen siendo en México locales folklóricamente modestos.) Lo que explica la difusión del nahuatlismo es la idea de “tende-

rete”, de “tenducho”: los baquianos que pasaron al Perú o a Venezuela “ya sabían” el nombre del local en que los indios hacían sus trueques o compraventas: se llamaba *pulquería*. Pero *pulque*, fuera de México, era un esqueleto de palabra: no le correspondía nada en la esfera de lo real<sup>50</sup>. El /pulk-/ quedó fácilmente sustituido por /pulp-/, que por lo menos “algo” decía. El “esqueleto” de la palabra *pulquería* no quedó afectado, pero desapareció su sentido original. En una pulperia no se vende pulque, por supuesto, sino... ¿qué?

He aquí la respuesta de Corominas: lo que se vendía en el siglo xvi era *pulpa*, y esto “sin duda”. En efecto —dice—, “la [pulpa] de frutos tropicales, y el dulce que con los mismos se hacía, [eran] el principal artículo que podían expender [los pulperos] en las primeras zonas pobladas por españoles”. Francamente, Corominas no da señales de conocer bien la historia de la expansión española en América. Lo dice Rosenblat discretamente: “No parece que en la época de la Conquista se dedicara el español a la venta ambulante de pulpa de frutas, ni que las pulpas fuesen el principal artículo de las pulperías del siglo xvi”. A lo cual se puede agregar otra consideración: *pulpa*, “voz semiculta” como dice el propio Corominas, significaba muy genéricamente ‘cosa blanda’, como la yema del dedo o la carne sin hueso. Imposible que se haya especializado de buenas a primeras en la significación ‘carne de fruta’, sobre todo existiendo justamente la palabra *carne*. Covarrubias no dice “pulpa de membrillo”, sino “carne de membrillo” (s.v. *codón* y s.v. *membrillo*).

Según el *DRAE*, *pulperia* viene de *pulpo*. Es disparate también, pero cuenta nada menos que con el apoyo del Inca Garcilaso: *pulperos* es “nombre impuesto a los más pobres vendedores porque en la tienda de uno de ellos hallaron vendiéndose un pulpo” (¡qué pobreza: un solo pulpo!). También fray Pedro Simón (1621) dice que *pulperia* viene de *pulpo*, pero por razones completamente distintas: así como “los pulpos tienen muchos pies”, así los pulperos venden “muchas cosas” (*voilà!*). Hay que observar que ni al Inca ni al fraile coronista, en el momento de aventurar sus etimologías, se les ocurre pensar en la “voz semiculta” *pulpa*<sup>51</sup>.

<sup>50</sup> BERNARDO DE VARGAS MACHUCA, que escribió en la Nueva Granada su *Milicia y descripción de las Indias* (publicada en Madrid, 1599), pero que muestra buen conocimiento del Nuevo Mundo en general, no dice *pulque*, sino *pulcre*, variante que se halla también en el padre Sahagún.

<sup>51</sup> CISNEROS, art. cit., p. 104, recuerda al empecinado Julio Calcaño, el cual “afirma que, cuando escribe [fines del siglo xix], *todavía* se venden pul-

En cuanto a la difusión de *pulperia*, puede tomarse en cuenta la de *tianguis*. El cronista Cieza de León, que anduvo por lo que hoy es Venezuela, Colombia y el Perú y que jamás estuvo en México, emplea la palabra *tianguis* con la mayor naturalidad<sup>52</sup>.

30. Un pequeño ejemplo de la dialéctica “anti-americanista” de Corominas es la palabra *morocho*, muy extendida en Sudamérica. El *DRAE* dice que viene del quechua *muruchu* y que significa ‘resistente’, ‘robusto’, salvo en el Río de la Plata, donde significa ‘moreno’. Dice Corominas que es palabra “de origen incierto”, si bien “parece” tomada del quechua. (Curioso *parece*: él mismo dice unas líneas después que *muruchu* está en el Inca Garcilaso “como voz quichua”. ) El caso es que incluye *morocho* entre los “derivados” de *moro*, sin prestar atención al sufijo *-ocho*, que yo creo inexistente. Su razón para rechazar la etimología quechua es la gran extensión de la palabra *morocho*. Pero Rosenblat, suavemente, pregunta si no es más rara la extensión de *yapa* (o *ñapa*), esa minucia léxica. “Sea como quiera —se defiende todavía Corominas—, *morocho* “hubo de sufrir la influencia semántica de *moreno* y *moro*”. Es sin duda lo que ocurrió en el caso del *morocho* rioplatense.

#### HISTORIAS DE AMERICANISMOS

El estudio de la difusión de los americanismos está trabado necesariamente con el de su origen y el de su hechura. Como los naturales de las Antillas desaparecieron casi por completo, no puede saberse gran cosa acerca de la hechura de las voces procedentes del taino o del arahuaco, pero la de los nahuatlismos

pos en la pulperia”. —Corominas, cuyo artículo *pulque* me parece excelente, encuentra “razonable” la etimología que da Friederici: (*iztak*)*uktlí*, pues permite suponer *uktlí* > \**ukle* > \**ulke*, “y para explicar la *p*-se podría alegar la posibilidad de un cruce entre *uktlí* y cast. *pulpa*, de uso popular entre los conquistadores con referencia a los frutos americanos, ya desde el siglo XVI, según he probado [sic] a propósito de *pulpero*”. Sin embargo, no sólo prefiere —con “quizá”— la etimología propuesta por Robelo (náhuatl *puliuuhki* ‘descompuesto’, ‘fermentado’), sino que expresamente rechaza la de Wiener, según el cual *pulque* es simple “alteración del cast. *pulpa*”. (Es el mismo Wiener que le sirvió de autoridad para rechazar el americanismo de la palabra *tabaco*.)

<sup>52</sup> JOSÉ DURAND, “El ambiente social de la conquista”, *Historia Mexicana*, 3 (1953-1954), p. 515.

y quechuismos es perfectamente cognoscible, y casi siempre conocida.

31. Viéndolo bien, todo indigenismo es voz mestiza. La palabra *canoa*<sup>53</sup>, por ejemplo, no nos ha llegado sino a través de lo que oyeron y escribieron los españoles: es voz “mestiza”, hija de madre arahuaca y padre español. Y si el español se llenó de americanismos, también las lenguas americanas se llenaron de hispanismos, o sea que también conocieron —y conocen— el “mestizaje”. En el idioma náhuatl aparecieron muy pronto palabras como el *chapineschihua* ‘hacer chapines’ que registra Molina al lado de otros tres compuestos con *chapines*; y Hernando Ruiz de Alarcón (hermano del dramaturgo) dice en su *Tratado de las supersticiones* (1629) que los indios medio cristianizados de México llaman *santocalli* “el altar de sus oratorios [idolátricos]”<sup>54</sup>. En cualquier diccionario de americanismos hay voces como *barbasúchil*, *botoncahui*, *zacatelimón*, *tinacal*, *tecorral*, *hojape-tate* y otros mestizajes “descarados”<sup>55</sup>. Claro que la productividad morfológica corre en adelante a cargo de la lengua española: de *pulque* se hizo *pulquería* y *pulquero*; de *cacahuate*, *ca-cahuatal* y *cacahuatito*; de *chile*, *chilar*, *chilillo*, *enchilada* y *enchilar-se*; de *cuate*, *cuatacho* y *cuatezón*; de *petate*, *petatearse* ‘morirse’ y “ser el mero *petatero*” (el que pisa fuerte), etcétera<sup>56</sup>.

32. Un ejemplo diáfano de palabra mestiza es *piñanona*, voz mexicana que falta en el *DRAE* y en Corominas. La piñanona es “planta americana de la familia de las Aráceas” (Becerra) cuyo fruto, parecido a una piña (de pino), es del tamaño y la consistencia de la anona<sup>57</sup>.

<sup>53</sup> Me autocito: “Nebrija, que al regresar Colón de su primer viaje estaba preparando la parte castellano-latina de su *Diccionario*, dio ya cabida en él a un americanismo: *canoa* (y ojalá quienes reeditaron y refundieron en años sucesivos el *Diccionario* hubieran imitado su acuciosidad lexicográfica): *Los 1,001 años de la lengua española*, 1989, p. 260. ¡Qué “moderno” era Nebrija en su momento!

<sup>54</sup> Citado por P. THIBON-MAREY en *Caravelle*, núm. 56 (1991), p. 11.

<sup>55</sup> En el *Índice de mexicanismos* compilado por la Academia Mexicana encuentro *cuaupaloma*, *pinocahuite* y *pinoyamel*. Becerra registra *nanchibejuco*, compuesto de *nanche* (náhuatl) y *bejuco* (taíno). Pero es que *bejuco* no tardó en sentirse como voz perteneciente al caudal español.

<sup>56</sup> A “la influencia indígena” dedica ROSENBLAT, t. 4, pp. 109-135, unas reflexiones llenas de sabiduría (como suyas).

<sup>57</sup> *Anona* está en el *DRAE*, pero no en Corominas, aunque es voz de la primera hornada y, como se ve en Friederici, bastante difundida (*anón* en Venezuela). La *chirimoya* y la *guanábana*, que se parecen algo a la anona, sí han merecido la atención de Corominas.

Pero a veces el mestizaje no es tanto como parecería. Por ejemplo, el primer elemento de *chicozapote*, fruta relativamente pequeña, parece ser *chico*, pero no es sino *tzictli* ‘chicle’ (Molina); y, en efecto, el chicozapote es fruto del mismo árbol de cuya corteza se extrae el líquido lechoso con que se hace el chicle. Corominas observa que Sahagún (1532) dice *xicotzáputly* Molina (1571) *xicotzápotl* (*xic-* y no *tzic-*). No sé qué contestar a este reparo, pero no por ello deja de ser claro el origen de *chicozapote*<sup>58</sup>.

El *DRAE* recoge otra voz de aspecto aún más “mestizo”: *cidra cayote* ‘planta cucurbitácea’ y ‘fruto de esta planta’, con una minuciosa descripción del “fruto”, en que no se olvida el riquísimo dulce (“cabello de ángel”) que se hace con sus tripas. Se ve que en esta ocasión se esmeraron los informantes, o sean los académicos mexicanos. Sólo que se equivocaron en el nombre: lo que se ha dicho y se sigue diciendo es *chilacayote*. La palabra *cidracayote*, con su aspecto “fino” o “correcto”, es un error *vulgar* (pues tan nacida en “el vulgo” es la incorrección como la ultracorrección). Verdad es que el *DRAE* registra *chilacayote*, con su correspondiente etimología, pero sólo para remitir a *cidra cayote* (en dos palabras)<sup>59</sup>. La cidra es bien conocida, pero ¿de qué manera se está revolviendo ese cítrico del Viejo Mundo con una cucurbitácea mexicana? En cuanto a *cayote*, simplemente

<sup>58</sup> Hoy no tiene el *chicozapote* la fama de antaño. Oviedo, que dice haber oído *munonçapot* en Nicaragua, se hace lenguas de él: “Es la mejor de todas las fructas, a mi juicio..., e yo no hallo cosa a que se pueda comparar ni que se le iguale”. Su sabor y su olor es todo uno: “este olor ninguno lo siente ni huele sino el mismo que come la fructa”. Juan de la Cueva, en su citada Epístola V, dice: “pues un chicozapote a la persona/ del Rey le puede ser presentado/ por el fruto mejor que cría Pomona”. El P. Acosta no comulga con estos entusiasmos: algunos criollos decían que el chicozapote “excedía a todas las frutas de España; a mí no me lo parece; de gustos dizan que no ay que disputar, y aunque lo huviera, no es digna disputa para escribir”. Pero en el siglo XVIII el P. Clavigero pondrá el chicozapote entre las grandes frutas prehispánicas, al lado del aguacate y la chirimoya. Cf. ANTONELLO GERBI, *La naturaleza de las Indias nuevas*, México, 1978, p. 244, y *La disputa del Nuevo Mundo*, 2<sup>a</sup> ed., México, 1982, p. 252.

<sup>59</sup> Se sigue oyendo a veces el “hipercultismo” *cidracayote*. Pero si éste merece figurar en el diccionario, el lexicógrafo que lo recoja tendrá cuidado de decir: “forma ultracorrecta de *chilacayote*”, y bajo esta última voz pondrá cuanta información quiera, sin olvidar lo del “cabello de ángel”. — Los académicos mexicanos, que enviaron a Madrid una descripción más o menos buena de los *chilaquiles*, le pusieron un rótulo disparatado: *chilaquil*. (El singular de *chilaquiles* es tan inexistente como el singular de *puches*, o el de *gachas*.)

no existe: *chilacayote* no viene de *cidra* + \**cayote*, sino de *tzílac* ‘liso’ y *ayutli* ‘cucurbitácea’<sup>60</sup>. El /k/ inicial de *cayote* es en realidad el /k/ final de *tzílac*. Si tanto el *DRAE* como Corominas dedican un artículo a la palabra fantasma *cayote*, es por culpa de los informantes mexicanos. El *DRAE*, por cierto, deriva *cayote* del náhuatl *chayutli* ‘calabaza blanca’ y lo da como equivalente de *chayote*. ¡Pero el chayote es otra cosa!<sup>61</sup> En cuanto a Corominas, toda su información sobre el \**cayote* debiera pasar a *chilacayote*, omitiendo, naturalmente, la información de que *cayote* es “abreviación del antiguo *chilacayote*”. El chilacayote se cultiva no sólo en México y en Centroamérica, sino en Andalucía, como dice el propio Corominas. La primera documentación de *chilacayote* está en Ovalle (1646) como voz de uso en Chile. Muestra mínima, pero elocuente, de cómo la difusión de la agricultura y la horticultura (o de cualquier cultura) va trabada con la difusión de la lengua.

33. Para la historia de la difusión de los americanismos no sirve mucho el *DRAE*. A menudo estorba. Tomo como ejemplo *petaca* y *petate*. En vista de que estas palabras tienen aceptación en España, los académicos, al definirlas, omiten toda indicación geográfica (nada de *América*, o *Méj.*, o *C. Rica*, etc.). Quedan consagradas, *ipso facto*, como voces del español general, propias de *nuestra* lengua, y no hace falta ya ninguna precisión. Sería interesante saber qué uso tienen *petaca* y *petate* en Chile, por ejemplo; pero, en caso de que se usen, un lexicógrafo chileno las pasará por alto: ya están en el *DRAE*<sup>62</sup>.

<sup>60</sup> En México se llama *ayote* la especie de calabaza cuya corteza sirve en especial para hacer recipientes.

<sup>61</sup> Molina: “*chayutli*, fruta como calabaza espinosa, o como erizo”. Beccerra sugiere más bien *huitzayotli*, literalmente ‘calabaza de espinas’. Y en efecto, el chayote es famoso por sus espinas (“estar pariendo chayotes” significa estar en serias dificultades para hacer algo). Beccerra se burla de la longitud precisa que le atribuye el *DRAE*: de 10 a 12 cm. Los hay, dice, desde 5 hasta 25 cm. (Esto lo puedo confirmar yo; y añado que los más pequeños suelen ser lampiños.) Dice el *DRAE* que el *chayote* se cultiva en Canarias y en Valencia. Yo vi *uno* en la plaza de mercado de Udine, al norte de Venecia. Estaba entre otras hortalizas que vendía una viejita, a la cual le pregunté: “Come si chiama questo?”, no entendí su respuesta, pero no era *chayote*. (Salvo esto último, fue una escena como de pueblito mexicano.)

<sup>62</sup> Lo observa bien Corominas, s. v. *pulpa*, a propósito de *pulpero* y *pulperia*: el estudio de su difusión se dificulta porque “como ya está en *Aut.* (con citas) y en todas las eds. de la Acad.”, suelen faltar en los diccionarios de americanismos.

Esta “consagración” tiene sus consecuencias: a la palabra, aparte de que se la limpia y se la fija, se le da “esplendor”. El esplendor de *petate* es notable. Tiene nada menos que cinco acepciones en *nuestra* lengua. Las cuatro últimas —‘lío de la cama y ropa de marineros, soldados y presidiarios’, ‘equipaje de cualquiera [!] de las personas que van a bordo’ (¿de un buque? ¿de un taxi?), ‘hombre embustero y estafador’ y ‘hombre despreciable’— son completamente desconocidas en la tierra que produjo el *petate*. Y la primera acepción, que es la única que aquí se conoce, está llena de disparates: ‘esterilla de palma que se usa en los países cálidos para dormir sobre ella’. Claro que se duerme *sobre* el petate y no debajo de él, pero no sirve exclusivamente para dormir. Se usa en las tierras cálidas de México, sí, pero también en las frías. No es ‘esterilla’, sino estera hecha y derecha, y no se hace de palma, sino de *tule* (vocablo que figura en el *DRAE*, aunque no en *Corominas*). Claro que puede haber petates chiquitos, y quizá hasta de palma, pero entonces serán más bien *tapetes*.

34. Hay que tener en cuenta no sólo el aspecto “utilitario” de los americanismos (la iguana se llama *iguana*, y el maguey *maguey*), sino también su aspecto “estético”. Hay palabras que prosperan por expresivas, por exóticas, por bonitas. Ni esp. e ital. *canoa*, ni fr. *canot*, ni ingl. *canoe* ni al. *Kanoe* eran necesarios. Y cuando Lope de Vega (*Laurel de Apolo*, 1630) describe un barco hermosísimo

de mil árboles indios enramado,  
bejucos de guaquimos,  
camaironas de arroba los racimos,  
aguacates, magueyes, achiotes,  
pitayas, guamas, tunas y zapotes,

no está dejando testimonio de una experiencia personal, sino “haciendo exotismo” (a poca costa)<sup>63</sup>. El filoamericanismo de

<sup>63</sup> Lope de Vega no se ha puesto a averiguar si estas voces designan en efecto “árboles” propios para “enramar”; necesita sólo unas pinceladas impresionistas de color “indio”, —que resulta ser sobre todo color mexicano. En cambio, la enumeración de López de Armesto (*supra*, § 29), realista y precisa, da buena idea de algo que podemos llamar *koiné* americana: salvo la leche cuajada, el camarón y el cangrejo con su *candillo* (obviamente *caldillo*), todas son cosas de Indias, comenzando con los *plantanicos* (que no tienen que ver con el *platano* europeo). Hay tres voces mexicanas (*pipián*, *tamales* y

Góngora, vecino del Inca Garcilaso en Córdoba, cala más hondo: en las *Soledades* están “el preciosamente Inca desnudo/ y el vestido de plumas Mexicano”, y el collar de perlas “de augusta Coya peruana”, y el apóstrofe al bravo halcón americano que, llevado a España, no hace mal papel entre los del Viejo Mundo; en un romance de 1585 habla de “cuatro amigos *chichumecos*” (evidentemente *chichimecos*, indios famosos por su voluntad de seguir siendo montaraces) para referirse a esos españoles que regresan de Indias cargados de variadas noticias, estupendas todas; y en “La ciudad de Babilonia...” (1618), el más fino de sus romances, hace entrar un “fragoso *arcabuco*”, vocablo taíno ciertamente no usado en España, pero que Góngora debió de hacer suyo en el momento mismo en que su oído captó esa armonía de vocales y consonantes: *ar-ca-bu-co*. Hubiera podido decir ‘bosaje espeso’ de alguna otra manera, pero ésa es la que allí le inspiró Talía. Lo curioso es que el exótico *arcabuco* suena tan español como *abejaruco* o *almendruco*, y sin embargo los lectores “normales” de entonces no sabían qué cosa quería decir: para ellos era un vocablo “difícil”, de la misma esfera que *amatunto* o *venusto*. Idénticas razones determinaron, en el mismo romance, la adopción del exótico y musical *calambuco*. (Sé que hay lingüistas reacios a hablar de la “música” de las palabras. Piensan tal vez que eso no es “científico”.)<sup>64</sup>

*chiltomates*), cuatro peruanas (*charque, chochoca, papas y paltas*) y cinco antillanas, representantes de las de la primera hornada, las “madres fundadoras” (*ají, maíz, guayaba, maní y quizá chicha*). — En el texto de Lope hay dos cosas enigmáticas: los “bejucos de guaquimos” y los racimos de “camaironas”. Los *guaguimos* podrían ser *guácimos*; los *bejucos* (que no tienen nada de “árbol”) parecen ser canastos o cestos hecho de bejucos entretrejidos; y, en vista del peso de los racimos, las *camaironas* podrían ser *plátanos machos*. Vargas Machuca conoce el *guácimo* y la *guama*, voces registradas en el *DRAE* y bien comentadas por Becerra. Puedo añadir que en Mexico (o por lo menos en Jalisco) hay una leguminosa llamada *guámara*.

<sup>64</sup> Del *arcabuco* hablan Oviedo y Acosta (como que su campo es la historia natural de las Indias), pero también aparece en la *Araucana* de Ercilla. Seguramente es aquí donde lo detectó Góngora: cf. la nota de A. Carreira al v. 406 de “La ciudad de Babilonia...”. (¡No es cualquier cosa el salto de *arcabuco*, primero desde la Hispaniola hasta la Araucania, y luego desde Ercilla hasta el poeta más exquisito de los siglos de oro! ¡Afortunado americanismo!) — En cuanto a *calambuco*, su historia lexicográfica es curiosa. Está en el *Dicc. Aut.* como ‘árbol grande, que quemado despidió un olor suavísimo’, y de buena madera, apta para “hechuras de santos”, con una cita de B. Argensola (en las Malucas hay áloés, ébano y *calambuco*) y otra de Góngora (al final del citado romance: “los nobles polvos.../ que absolvieron de ser

35. Si la palabra *chachalaca* (<náhuatl *chachalatli* o *chachalacámetl*) hubiera llegado a oídos de Góngora, sin duda la habría usado, por ejemplo en alguna letrilla satírica, pues también *chachalaca* tiene su musicalidad: no podía expresarse mejor la destemplada alharaca que arman esas gallináceas. Y a todos nos han caído esos habladores que con razón se llaman *chachalacas*. Hay también el verbo *chachalaquear*<sup>65</sup>. La “música” de las chachalacas es como charanga de pueblo, desafinada y ruidosa. En el extremo opuesto está el Mozart y el Caruso de los pájaros: el *cenzontle* (<náhuatl *centzonli* ‘cuatrocientos [voces]’), que sí llegó a España, pero en tiempos recientes, y eso a través de Cuba, donde la palabra se suavizó y se hizo *sinsonte*. Parecería, por cierto, que el nahuatlismo *chachalaca* tuvo difusión fuera de México: ahí está la *guacharaca sudamericana*, ‘especie de faisán

huesos/ cinamomo y *calambuco*”). En “Son las torres de Joray...”, romance de Quevedo que imita las asonancias del de Góngora, hay una evocación de la blancura de los dientes y el perfume del aliento de la ingrata Floris: “en tu boca hallando perlas/ y en tu aliento *calambucos*”. — El *calambuco* que describe el DRAE es un árbol francamente distinto: llega a tener 30 metros, da “flores en ramillete, blancas y olorosas”, y su tronco exuda una resina llamada *bálsamo de María*. Es “árbol americano” y su nombre viene de la “voz americana” *calaba* (en cuyo lema se nos dice que *calaba* significa ‘calambuco’, y se nos remite a *bálsamo de calaba*, que es ‘resina de calaba o calambuco’, por otro nombre *bálsamo de María*). Ahora bien, en la 8<sup>a</sup> ed. del DRAE el *calambuco* no era aún “americano”, sino “indígena de España”, y su nombre científico era *Callophyllum calaba*, lo cual le causó enorme sorpresa al cubano Pichardo: ese árbol, “muy grande”, con “florellas blancas, olorosas, en espigas”, con su resina (medicinal además), incluso con su rótulo latino, no es sino el *ocuje* cubano (“voz indígena”), que los puertorriqueños llaman *maría*. (En la 16<sup>a</sup> ed. el DRAE dio cabida a *ocuje*, remitiendo a *calambuco*.) La expresión de Corominas, “el cubano *calambuco* ‘especie de árbol’” no tiene fundamento: lo cubano es *ocuje*. El área geográfica de *calambuco* está agrandada en Santamaría: “árbol suramericano de flores en ramillete..., cuya resina es el *bálsamo de María*; llámase también *palo maría*”. No es que en Cuba no exista *calambuco*, pero significa ‘persona que se dedica o egresa mucho en cosas de iglesia o místicas’. Quizá fue esta acepción, a falta de cosa mejor, lo que llevó a Corominas a meter *calambuco* s.v. *calamocano* ‘medio borrachito’, aunque reconoce que “falta relación semántica”. — Es indispensable tomar en cuenta la nota de A. Carreira al v. 504 del mencionado romance de Góngora: *calambuco* es “nombre malayo”; por ciertas “alteraciones mórbidas” se formaba en ese árbol de las Malucas “una acumulación anormal de resina perfumada” (que era lo que se quemaba).

<sup>65</sup> Otra palabra sumamente expresiva es el ya mencionado (§ 22) *tepalcate*. ¿Quién no ve en el pedacerío de oclusiones /t-p-k-t/ lo que sucedió con el jarro al estrellarse en el suelo? Es una voz que tiene asegurado su futuro. Para los arqueólogos mexicanos, *tepalcate* es nombre “técnico”.

famoso por sus gritos' (con su prole respectiva: *guacharaco* 'hablador' o bien 'borracho'); y está la *cháchara* mencionada por Becerra, que no es gallinácea sino córvida; y está la *chacarracha* española, 'ruido molesto de disputa o algazara', y están las *chácharas* o *chacharachas* chilenas, que son no sólo 'conversaciones inútiles' sino también 'cachivaches', como en México ("Recoye tus chácharas y lárgate"). En México y en Chile es *chacharero* quien colecciona cosas inservibles.

Toda esta familia, dice Corominas, viene del italiano *chiàcchera* 'conversación sin objeto' a través de su pronunciación dialectal *ciàccera*. (Por razones estratégicas quedan silenciadas aquí la *chachalaca*, la *guacharaca* y la acepción 'cachivaches'.) En ese sentido de 'conversación sin objeto' aparece *cháchara* por primera vez en 1551, en una traducción del italiano (pero el resto de la documentación es borroso). He aquí el comentario de Rosenblat: "La coincidencia entre todos esos nombres parece que sólo puede explicarse por su carácter onomatopéyico; las variantes representan distintas interpretaciones del canto [sic] del pájaro".

36. Uno de los peruanismos que comenta Cisneros, art. cit., p. 94, es *pepián*, que según él "compite con *pipián*". El DRAE registra *pepián* 'guiso de carne con tocino y almendra machacada' sin precisión geográfica (lo cual indica que se usa o se usó en España), y remite a *pipián*, donde sí hay precisión geográfica: 'guiso americano que se compone de carnero, gallina, pavo u otra ave, con tocino gordo y almendra machacada'. Pero hay pipianes y pipianes. El padre Sahagún habla simplemente de la cazuela de guajolote que los naturales hacen "con chile vermejo y con tomates y pepitas de calabaza molidas, que se llama ahora este manjar *pipián*". Era platillo demasiado fuerte para paladares españoles, como claramente lo dice Juan de la Cueva: él, uno de esos intrépidos que ante nada se arredran, dice: "Un *pipián* es célebre comida,/ que al sabor dél os comeréis las manos"; pero reconoce que "los cachopines y aun los baquianos" le tienen miedo. Lo que se hizo fue "amansar" y enriquecer el guiso. La palabra *pipián*, difundida en casi toda América, también fue conocida en España (Moreto: "...Ven a la mesa,/ mira aqueste *pipián*/ que el pimiento bermeja")<sup>66</sup>.

<sup>66</sup> La historia de *pipián*, como la de *chiczapote* y de tantas otras palabras, forma parte de la historia del *gusto*. Los paladares europeos se aficionaron no sólo al tomate y al chocolate, sino a otros muchos productos de los rei-

Comentando las dos definiciones del *DRAE*, en ninguna de las cuales se mencionan las *pepitas* de calabaza, dice Becerra: “Para nosotros un pipián que carezca de algo de chile y de un mucho de pepitas de calabaza molidas no es tal ni tiene que ver con él”. Las palabras de Sahagún (el guiso se llama así “ahora”) son señal de que *pipián* no tiene raíz náhuatl. Seguramente se dijo *pepián* (con el *pep*-de *pepa* ‘pepita’), pero muy pronto, por asimilación, se hizo *pipián*, como se dice en general (ya no *pi-pián* en tres sílabas, como decían Juan de la Cueva, Moreto y López de Armesto)<sup>67</sup>.

37. La *cancha* de futbol... “¡Abran *cancha*!”. Gran fortuna la de esta palabra. Es propia de todo el mundo hispanohablante. Su origen quechua es diáfano. El propio Corominas se rinde a la evidencia: dice que en gallego existen *cancha* y otras voces semejantes, pero reconoce que eso es “coincidencia casual” (y sólo de índole fonética, digo yo: las voces de la familia gallega significan cosas en que intervienen las piernas o las zancas, o

nos animal y vegetal, y también a los usos culinarios del Nuevo Mundo. He aquí un testimonio muy elocuente. Cierto Francisco Botello, judío andaluz nacido a fines del siglo XVI, está preso, por judaizante, en la cárcel inquisitorial de México y se queja de la mala comida que le dan; él pide que le traigan a su celda, *inter alia*, “calabacitas guisadas, camotes con miel..., champurrado..., carnero en achiote y vinagre..., tamales, quelites..., tunas..., zapotes”. Lo cita SOLANGE ALBERRO, *Del gachupín al criollo*, op. cit., pp. 74-75. Comenta la autora: “La presencia de estos productos..., ya marcados por un proceso sincrético, en la dieta de un individuo nacido en España y miembro de una comunidad religiosa particularmente celosa de respetar normas rígidas al respecto, nos parece bastante significativa”. Del *chocolate* habla brevemente en la p. 76.

67 En El Salvador y Guatemala *pipián* puede significar ‘calabaza’ (¡curiosa sinécdota!). — Corominas, que no dedica artículo especial a tan venerable palabra, la despacha s. v. *pipiripao* como “voz expresiva semejante a [*pipiritaña*, *pipirigallo* y *pipiripao*]”, si bien, tras pensarlo un poco, añade: “parece derivado de *pepa* o *pepita*” (que es lo que había dicho Becerra). — La *pepitaria* (o más comúnmente *pipitoria*) es un dulce mexicano hecho también de pepitas de calabaza, pero con panocha o piloncillo, y sin moler. (En el *DRAE* falta *piloncillo*; están *pepitaria* y *panocha*, pero designan cosas enteramente distintas. Véanse las útiles notas de Becerra s. v. *chancaca*, pp. 61-63, y s. v. *piloncillo*, pp. 404-405.) — En una ensalada de sor Juana Inés de la Cruz (ed. Méndez Plancarte, t. 2, p. 73) la *pipitolia* es uno de los “antojitos” que venden dos negras, junto con garbanzos —obviamente tostados—, *gamotes* (camotes) y *aleglía* (la siempre popular alegría, hecha de semillitas de una especie de amaranto). En otra ensalada (*ibid.*, p. 97) un “negro camotero” vende camotes, *cuajala* (cuajada), requesón y “garbanza salara y tostada”.

bien la idea de ‘destripar’, sin nada que parezca ‘local destinado a juegos de pelota’).

No fue tan multitudinaria como la de *cancha* la difusión del nahuatlismo *malacate* (<náhuatl *malácatlmalácatl* era el ‘huso’ en el telar prehispánico. El paso de ‘huso’ a ‘cabrestante movido por caballos para extraer minerales’ da buena idea de la enormidad que fue para los indios americanos el proceso de “aculturación”. Eran ellos quienes extraían los minerales. Al ver esas gigantescas poleas que llevaban los minerales a la superficie, pensaron en la ‘cosa giratoria’ que conocían: el *malacate*. (En México se usa el *malacate* en cualquier lugar, no sólo en las minas: el malacate de un pozo, el de los albañiles, etc.)

Otra voz del léxico minero es *chacuaco*. El DRAE la da como propia del español de todas partes (aunque de origen “americano”) y dice que significa ‘horno de manga para fundir minerales de plata’. Este *chacuaco* no viene del náhuatl, sino del tarasco *chakuaku*, que era el ‘sahumerio’. En Guanajuato, que produjo enormes cantidades de plata, los mineros eran sobre todo indios tarascos, y así el casero y ritual ‘sahumerio’ se convirtió en la chimenea que vomita el humo tremendo de las calderas de fundición. Y las dos palabras, *malacate* y *chacuaco*, acabaron siendo auténticos tecnicismos<sup>68</sup>.

Hay un tercer vocablo de origen minero: *machote*. No es aumentativo de *macho*, sino derivado del náhuatl *machiotl* ‘señal’. En un principio el *machote* era seguramente la ‘señal que se ponía para medir los destajos en las minas’, como dice el DRAE, pero la acepción corriente en el México actual es la que el mismo DRAE da para Honduras y Nicaragua: ‘borrador, dechado,

<sup>68</sup> Durante mucho tiempo, la parte de la locomotora que inmediatamente fascinaba a los niños mexicanos era su espectacular *chacuaco*. Del fumador empedernido se dice que es (o fuma como) un *chacuaco*. Según el *Dicc. Aut.*, *chacuaco* es también ‘apodo que se da a la persona rústica, zafia y de mala presencia’; para esta acepción debe de haber servido de puente el grasiuento tizne de los *chacuacos*. — Cristóbal Suárez de Figueroa cuenta en *El Pasajero* (1617) una historia de pleito conyugal: la mujer abruma al marido bajo una avalancha de insultos; hay un testigo a punto de intervenir, pero se abstiene para “no desengañar al *chacuaco*”; es seguramente el ‘rústico’ del *Dicc. Aut.* (un pobre diablo). Cf. la ed. del *Pasajero* por Mª Isabel López Bascuñana, Barcelona, 1988, t. 2, p. 375.

modelo'. Hay, por ejemplo, gestiones burocráticas en que uno necesita llenar los espacios en blanco de un papel impreso: este papel es el *machote*. (Que falta también en Corominas.)

38. En la nota 3 de este artículo me refiero a esa especie de *capitis diminutio* sufrida por las voces y locuciones que, desusadas hoy en España, se mantienen vivas en países de Hispanoamérica (a veces en todos ellos). Los académicos españoles las consideran de segunda clase. No lo dicen expresamente, pero dan a entender que el español peninsular es "la norma", y que no es responsabilidad de ellos si en América suceden cosas "anormales". Un pequeño ejemplo de esto es *zonzo*, excelente palabra, más expresiva incluso que su sinónimo *tonto*. Dice Corominas que *zonzo* se encuentra en autores españoles de los siglos XVII, XVIII y comienzos del XIX, y que después, inexplicablemente, "desaparece del uso común" (obsérvese cómo "el uso común" significa exclusivamente 'lo que se usa en España'). Hé tela, pues, defenestrada, caída en la "anormalidad": no se usa, dice Corominas, más que "en América, desde Méjico hasta Chile y la Argentina".

Lo mismo sucede con otra palabra de hechura parecida: *chancho*. Está documentada en España a fines del siglo XVI y comienzos del XVII, aunque no como *chancho*, sino como *sancho* ("*sancho, puerco y cochino todo es uno*", se lee en Rojas Villandrando). La voz dejó de usarse en España, pero hoy sigue viva en casi toda Sudamérica, siempre como *chancho*, que a mí me parece más "expresiva" que *sancho* (cf. *supra*, nota 13)<sup>69</sup>. Ha venido a ser, igual que *zonzo*, un "americanismo".

39. Sobre la muy conocida palabra *cogote* hay cosas que decir. Aparece por primera vez en Alonso de Palencia (1490), pero —dice Corominas— en autores tardíos (fines del siglo XVI y comienzos del XVII) se lee *cocote*. Covarrubias se imagina que *cogote* es "corrupción" de *cocote*, —aunque, en vista de la mayor antigüedad de *cogote*, bien puede ser que la "corrupción" (por ultracorrección) sea *cocote*. El caso es que en este *cocote* se funda Corominas para concluir que la etimología es *coca* 'cabeza'. Todo, según él, procede de "la raíz expresiva e infantil de *coca* 'cabeza', 'cáscara', 'objeto esférico'...", y así la "acepción eti-

<sup>69</sup> Fue Paul Groussac, como reconoce Corominas, quien mostró la relación *sancho/chancho*. El DRAE da dos acepciones de *chancho*: 1, 'persona desaseada', y 2, 'puerco'. Becerra observa con toda razón que hay que invertir el orden.

mológica” es la que se conserva en Oseja de Sajambre (‘la coronilla de la cabeza’), en el gallego de Limia (‘mollera’) y en el asturiano *cucuruta/cocorota*. El *cogote* es hoy, según el *DRAE*, la ‘parte superior y posterior del cuello’ (donde hay pelo). Pero en México no es así. En el *Diccionario del español de México* (*DEM*) que se prepara en El Colegio de México, *cogote* es ‘cuello, o parte del cuello que corresponde a la garganta’, definición acompañada de ejemplos como “le apretó el cogote hasta hacerle escupir la lengua”, cuyo sentido es obvio: ‘estuvo a punto de ahorrarlo’. (Es difícil agarrar a alguien por “la parte superior y posterior del cuello”, y en cambio es sencillísimo agarrarlo por el gaznate, que es lo que *cogote* significa en México.) Conclusión: en México sigue viviendo el *cócoli* náhuatl, definido por Molina como ‘garguero’ y por Siméon como ‘esófago, gaznate’. (Sobre este *cogote* mexicano, que está en Robelo, no dice Corominas esta boca es mía.)

40. El *DRAE* dice escuetamente que *chueco*, voz usada en América, significa ‘estevado, patituerto’. Este adjetivo, según Corominas, procede del sustantivo *chueca*, “de origen incierto, probablemente vasco o ibérico”. Para Nebrija, la *chueca* es el ‘hueso de extremo redondeado, o parte de él, que encaja en el hueco de otro’ (palabras de Corominas). Este extremo, evidentemente acabado de “redondear”, se convertía en una pelotita. Así, *chueca* pasó a significar la pelotita y el juego en que la usaban. De hecho, *chueca* ‘cierto juego’ está documentado en 1490, poco antes que *chueca* ‘cóndilo’. Corominas documenta su popularidad (comenzando con el *joch de la chocha* de Jaume Roig, antes de 1460) y observa que esta acepción oblitéró por completo a la original (el vasco *txoco*, que entre otras cosas significa ‘articulación de huesos’, parece ser el único superviviente). Lo que no dice Corominas es *cómo* se jugaba el juego. Esto lo dice Rodrigo Caro en 1626: hay en España el juego del *mall*, “en el cual con mazos de madera avientan una bola a quien más puede, con gran fuerza, y también le llaman *la chueca*”<sup>70</sup>.

Ahora bien, Ovalle (1645) describe una especie de *chueca* que jugaban los araucanos, y de esa descripción se deduce que la palabra española *chueca*, en Chile, no era ya la pelotita, sino el ‘palo de extremo combado con que se juega’. Esta peculiari-

<sup>70</sup> RODRIGO CARO, *Días geniales o lúdricos*, ed. J.-P. Étiembre (Clás. cast.), t. 2, pp. 48-49. (El juego tiene todos los visos de ser universal: siempre ha habido formas de polo, de golf y de hockey.)

dad del palo fue lo que a los españoles les llamó la atención (evidentemente, los “mazos” de que habla Rodrigo Caro no tenían combado el extremo). Lo importante, para Covarrubias, era la pelotita redonda: “al que es gordo y de poca estatura tienen *estar como una chueca*, por ser redonda”. En Chile, en cambio, “parecer una chueca” sería ‘tener combados los pies, como la extremidad de la chueca’. El siguiente paso, siempre en Chile, fue la adjetivación: Andrés Febrés (*Arte de la lengua araucana*, 1765) y Zorobabel Rodríguez (*Diccionario de chilenismos*, 1875) registran *chueco* como ‘torcido de pies, patituerto, estevado’. Todo lo cual es muy coherente<sup>71</sup>. Sólo falta añadir que *chueco* se usa unánimemente en los países hispanoamericanos y no se conoce en España. Y hay algo más. Observa Corominas que “algunas veces”, en Chile, el Río de la Plata y México, *chueco* es no sólo el ‘individuo estevado’, sino ‘todo lo torcido’. Para mí, esto ocurre no “algunas veces”, sino muchas. En México, de cada cien apariciones de *chueco*, apenas una se referirá a pies torcidos; las otras 99 se referirán a un cuadro que quedó mal colgado, a un renglón que no salió derechito, a una conducta tortuosa, al comercio de contrabando (vendedores “de *chueco*”), etc. De hecho, no sólo ‘todo lo torcido’, sino ‘todo lo que no anda como debe ser’. En el Ecuador, *chueco* es ‘imperfecto, manco, defectuoso’; de quien está ‘extenuado o decaído y anda como trastabillando’ se dice en el Perú que *anda o está chueco*, y en Santo Domingo es *chueco* el ‘enfermo’, el ‘achacoso’<sup>72</sup>. ¡Notable fortuna de un adjetivo que parece haber brotado en Chile entre el siglo XVII y el XVIII!

<sup>71</sup> He tratado de contar con algo de claridad una historia que me parece turbia en Corominas. Él cae en una contradicción. Por una parte sostiene que, “como nombre del juego, se trata de una extensión de *chueca* ‘cóndilo’”, y por otra parte dice que el conjunto de testimonios “parecería indicar que en el juego, *chueca* fue primero el palo combado”. Pero, según los datos allegados por él mismo, el ‘palo combado’ no es lo primero, sino lo último: la *chueca* original no era “chueca” o estevada.

<sup>72</sup> Los datos sobre el Perú y el Ecuador proceden de CISNEROS, art. cit., p. 70, y de Corominas los demás. — Varios lingüistas se han ocupado de *chueco* (y del sufijo *-eco*). El más sensato me parece ROSENBLAT, t. 4, pp. 114-115 y 141. — He aquí dos etimologías “extravagantes”: dice Becerra: “La voz *chueco* es, probablemente, una síncopa de *chacueco*, voz usual en Tabasco, que quiere decir ‘cosa tosca o torcida’ o ‘acción desmañada’, y que, a su vez, viene del náhuatl *chachacuáchtic*, que significa ‘rudo, grosero’”; Ramos Duarte había propuesto derivar *chueco* del italiano *cieco*. (Cf. *supra*, § 17, italiano *pioggia* como etimología de *piocha*.)

41. La emperatriz de las “malas palabras”, en México, es sin duda *chingar*. A los mexicanos desprevenidos les sorprende el desparpajo con que una culta señora argentina dice que una media *se chingó*. Corominas, que recoge s.v. *chingar* una enorme cantidad de acepciones de todo el mundo ibérico (‘errar el blanco’, ‘fastidiar’, ‘estropear’, ‘beber con frecuencia vinos y licores’, etc.; portugués del Brasil *xingar* o *chingar* ‘insultar com palavras’, ‘descompor’); *chingarse* ‘llevarse un chasco’, ‘amenazarse’, etc.), cree que la acepción matriz, por así decir, es ‘fornicar’ (la cual vive en el caló español) y que “probablemente” es desarrollo de la acepción ‘pelear’ que tiene *chingar*, voz gitana “de origen índico”<sup>73</sup>. Pero, en vista de que muchas de las acepciones no van por allí, concede que “en América se mezclaron algunos radicales aborígenes” (v.gr. del quechua para *chingana* ‘taberna’ y del araucano para *chingolo* ‘especie de gorrión’).

Dos cosas son de notar en la exposición de Corominas: primera, la falta de connotaciones “obscenas”, salvo el *chingar* del caló español; y segunda, la ausencia casi total de México, donde *chingar* no es voz del caló, sino de todo el mundo, y *muy* fuerte, muy polisémica y muy productiva. La familia de *chingar* puede tener en México casi todos los usos que he mencionado (‘fastidiar’, ‘estropear’, etc.), pero significa también otras mil cosas, como podrá comprobarse tras una somera encuesta. El *chingar* ocupa extensas zonas de la vida. En primer lugar está, por supuesto, el *¡chinga a tu madre!* En esta locución, la más espantosa posible, podría verse una relación con el *chingar* ‘fornicar’ del caló español. Pero no. Por sí solo, *chingar* no significa ‘fornicar’ en México. Una expresión como *¡chíngatelo!* (‘dale su merecido’, ‘métele zancadilla’, ‘exhibe todas sus lacras’, ‘¡mátalo!’, etc.) no tiene significado obsceno. Así también, *chinga* puede ser ‘tortura’, ‘lata’, ‘injusticia que hay que sufrir’, ‘falta de dinero’, ‘el diario bregar’, etc.; un *chingadazo* es cualquier golpe, físico o moral; un *chingaquedito* es el que da el golpe y esconde la mano; *¡vete a la chingada!*, es una simple manera “fuerte” de despedir con cajas destempladas a alguien<sup>74</sup>; *esas chingaderas* puede ser ‘esas infamias’ pero también ‘esas tram-

<sup>73</sup> La cadena de hipótesis es tan larga como floja e improbable: *chinga* y *chinguirí* (gitano) ‘disputa, riña, reprensión’ > ‘insultar’ (en el Brasil) > ‘provocar, fastidiar, estropear’ > ‘deshonrar a una mujer’ > ‘cohabitar’.

<sup>74</sup> A menudo el *chingar* es un simple floreo verbal: “No sé qué *chingados* me pasa” quiere decir ‘No sé qué me pasa’; “¡Ah, qué la *chingada!*” es una simple interjección indicadora de fastidio.

pas' o 'esos trastos inútiles'. Así, pues, en el *¡chinga a tu madre!* el *quid* no está en *chinga*, sino en *madre*. La madre es zona sagrada<sup>75</sup>. Los lexicógrafos de hace cien años eran muy pudibundos. Ni Robelo, ni Icazbalceta, ni Ramos Duarte ni Becerra mencionan el verbo *chingar* (muyísimo menos el *¡chinga a tu madre!*), aunque sí recogen cosas inocentes, como *chingadito* 'cierta glosina' y *chínguere, chinguirito* '(trago de) alcohol'. La escasez de noticias en cuanto a México no es culpa de Corominas.

El silencio de los lexicógrafos es muy elocuente. Si no reconocen *chingar* ni siquiera en el sentido de 'molestar' o 'jeringar', es porque en el "inconsciente colectivo" está el pavoroso *¡chinga a tu madre!*<sup>76</sup> En todo caso, es un hecho que *chingary* su familia son algo muy peculiar de México. De ahí ciertos esfuerzos por hallarle una etimología náhuatl (Juan Fernández Ferraz, 1892; Darío Rubio, 1925)<sup>77</sup>. Según una explicación que corre de manera casi subrepentina en México, la terrible palabra viene de *tzintli* o *tzinco* (cf. *supra*, § 10). Así, el significado primario vendría a ser no simplemente 'fornicar', sino 'fornicar de manera nefanda'. El historiador Roberto Moreno de los Arcos, que tomaba en serio esta explicación, me dijo hace unos quince años que tenía datos suficientes para demostrarlo. Le pedí que escribiera un artículo para la *NRFH*, y él me lo prometió; desgraciadamente murió sin hacerlo.

<sup>75</sup> Resultado de esto es que *madre*, por sí sola, acaba siendo tan "mala palabra" como la otra: *echar madres* significa justamente 'proferir malas palabras'; *madrear* a alguien, darle *en* (*o en toda*, *o en toditita*) *la madre* es 'chingarlo'; y *madrazo* es lo mismo que *chingadazo*. También este *madre* puede trivializarse: "Estaba haciendo (o diciendo) *no sé qué madres*" puede significar 'no sé qué cosas (ni importa cuáles)'.

<sup>76</sup> A veces se entrevé la idea de 'agresión sexual': *te los chingaste* significa, por ejemplo, 'eliminaste a tus competidores'; *el más chingón* es el que sobresale (por ser el mejor cirujano, etc., o por ser el político más astuto). Se transparenta la noción de 'macho dominante'. Cf. OCTAVIO PAZ, "Los hijos de la Malinche", capítulo 4 de *El laberinto de la soledad*.

<sup>77</sup> R. A. PÉREZ HERNÁNDEZ, "El verbo *chingar*: una palabra clave", en *El rostro colectivo de la nación mexicana*, actas de un congreso africanista editadas por M<sup>a</sup> G. Chávez Carbajal, Morelia, 1999, sostiene que *chingar* es voz "legada por los esclavos procedentes de Angola". En el idioma kimbundo hay *kuzinga*, que tiene "múltiples acepciones", por ejemplo 'injuriar' (o 'injuría') y 'descomponer', y hay *kuxinga*, que también significa varias cosas, entre ellas 'cuerda', 'vara delgada', 'línea', 'látigo', 'tunda'. Pero yo no me imagino a esos angoleños traídos a México gritando "¡Inuria!" o "¡Tunda!", y mucho menos a los demás habitantes de la Nueva España adoptando y mutilando esos gritos.

Este *chingar* no ha tenido difusión fuera de México. Pero he encontrado un dato curioso en el madrileño Juan Bautista Arriaza (1770-1837). Sus “Transformaciones de Venus” son una composición galante en loor de cierta cupletista o bailaora. Está hecha en quintillas, que ponderan una a una las gracias que adornan a la fulana y que se resumen en el quinto verso: “*Venus niña*”, “*Venus fina*”, “*Venus turgente*”, etc. He aquí una de esas quintillas (*BAE*, t. 67, p. 50):

También hace que en su mano  
el crótalo se distinga,  
y moviendo por el llano  
pie firme y cuerpo gitano,  
¡quién no aplaude a Venus *chinga*!

El editor, Leopoldo Augusto de Cueto, explica en nota: “La *chinga* es un bailecito americano, que desempeñaba con gracia la persona a quien se aplicó este epíteto”. No me cabe duda de que el “bailecito” era mexicano (y picarón).

#### APÉNDICE (O PILÓN, O ADEHALA, O YAPA/ÑAPA)

Lo que sigue es un intento de explicación de la palabra *güero* ‘rubio’, generalísima en México. Según Corominas (s. v. *huero*), *güero* procede de un verbo “de origen céltico”, \**gorare* ‘empollar’. (La grafía *huero*, introducida en el *Dicc. Aut.*, sería antietimológica.) Significó en un principio ‘(huevo) empollado’, pero acabó por designar al ‘(huevo) malogrado’, ‘echado a perder’ cuando estaba siendo empollado. Corominas siente que “de la idea de ‘malogrado’ pasó *huero* a ‘hombre enfermizo, que no sale de casa por temor del tiempo’, de donde el mexicano *huero* ‘de tez blanca’, ‘rubio’, y luego ‘norteamericano, yanqui’”. Es un encadenamiento muy flojo. Alguien, partiendo también de (*huevo*) *huero*, imaginó un enlace distinto —y muy desagradable—: el color “amarillo” del pelo y el vello de los güeros es como el del huevo malogrado o podrido. Ramos Duarte dice que *güero* procede del siboney *huereti* ‘amarillo’. Becerra se pregunta si no vendrá más bien de *hovero*, que se aplica a las caballerías de color amelocotonado. Y no conozco más hipótesis.

Yo tengo la mía, que con intrépida timidez paso a exponer. El *güero* mexicano se originó en una confusión de índole acústi-

ca. Lo que en la intención del hablante era *el luero*, lo interpretaron los oyentes como *el huero* (o sea *el güero*)<sup>78</sup>. El adjetivo *luero* es hermano del *louro* o *loiro* portugués, que significa ‘flavo’, ‘fulvo’, ‘da cor amarelo-tostado’, ‘da cor do trigo maduro’, ‘da cor do ouro’. Desgraciadamente, mi hipótesis carece de base documental. No consta *luero*; lo que consta es *loro*. Pero los numerosos textos citados por Corominas s. v. *loro II* no excluyen la posibilidad de un *luero*.

Así como no hay un azul, un rojo, etc., sino muchos, así tampoco hay un *loro*. El *DRAE* lo define ‘moreno que tira a negro’, y Corominas, más cautamente, ‘de color oscuro’. Pero la documentación del propio Corominas muestra que esa definición no es del todo exacta. El texto más antiguo que cita (Arcipreste de Hita: “muchos bueys castaños, otros foscos e *loros*”) no nos dice gran cosa. En cambio los que siguen, del lexicógrafo Alonso de Palencia (1490), nos dan muchas luces. Palencia dice que *loro* es “amarillo, color triste y diverso; dízense loros los hombres que tienen el cuero no del todo negro, salvo [= *sino*] de tal manera amarillo que declina a negro”, o sea que *loro* está cerca de lo amarillo (lo ‘pálido’, lo ‘descolorido’) pero con tendencia a lo negro (lo ‘oscuro’); y, por otra parte, su traducción del latín *pallens* (‘palideciente’) es ‘amarillo y *loro*’, y la del latín *burrus* (‘rojizo’) es ‘roxo e *loro*’. Es claro que Palencia da a *loro* el significado que un siglo después tendrá *trigueño*, que es, según el *DRAE*, ‘de color del trigo, entre moreno y rubio’ (como port. *louro* ‘da cor do trigo maduro’).

Estamos en el terreno de lo impreciso y lo cambiante. Los epítetos clásicos del trigo maduro son —como los de Apolo— *rubio* y *dorado*; pero quien ve las espigas maduras tostadas por el sol podrá sentirlas morenas. Corominas, s. v. *trigo*, dice que *trigueño* sustituye a *moreno* en Andalucía, Cuba, “etc.” (¿por eufemismo quizá, tal como *moreno* suele sustituir a *negro*?). De manera parecida, *loro* significa a veces ‘mulato’. (Desde el punto de vista de un escandinavo, los mexicanos somos prietos;

<sup>78</sup> El sevillano Rodríguez Marín (ed. del *Quijote*, 1947, t. 2, p. 423) dice que muchos sevillanos “sienten” su *Torre del Oro* como si fuera la *Torre del Loro*, y reúne varios otros casos parecidos. Cuando aprendí (de oído) la “doctrina cristiana”, supe que había en el más allá un lugar misterioso, ni cielo ni purgatorio ni infierno, llamado *el Imbo* (después supe que era *el Limbo*). Una hija mía buscaba una vez “la otra andalia” (*sandalia*), y creía que Tomás Segovia era *Tomás Egovia*.

desde el punto de vista de un congoleño, somos blancos.)<sup>79</sup> Observa Corominas que *loro*, “aplicado en todas partes al color de los animales, estaba muy sujeto a mudanzas de sentido, a causa de los infinitos matices que pueden distinguirse en los mismos”, lo cual está bien dicho, salvo que la mayor parte de su documentación se refiere a seres humanos, no a animales.

El *loro* que ha merecido más comentarios es el de Góngora en el romance “La ciudad de Babilonia...”. Entre los ríos que lloran la muerte de Píramo y Tisbe están (vv. 479-480) “el Ganges *loro*” en Oriente y “el Tajo *rubio*” en Occidente. Con *loro* se refiere el poeta, desde luego, al color tostado (no negro) de los habitantes de la India<sup>80</sup>. Pero, si hay “antítesis” entre lo rubio y lo moreno, también hay “paralelismo”: el Ganges y el Tajo son ríos proverbialmente auríferos (los usos literarios continuaron atribuyendo el oro a la India antigua, aun después del descubrimiento de las Indias nuevas). La “antítesis” consistiría sólo en la no muy importante diferencia entre el oro nuevecito y el oro viejo<sup>81</sup>. En todo caso, la presencia de *loro* en el Góngora culto (el difícil de entender para “el vulgo”) nos dice algo importante: la palabra ya no pertenecía al habla; la sustituía *trigueño*, que —dice Corominas— comenzó a usarse a principios del siglo XVII. Y debe de haber llevado buen tiempo de desuso, puesto que el comentarista Salazar Mardones no sabe ya qué cosa es, y aventura una explicación fantasiosa: “el epíteto de *loro* es lo mismo que si le diera el de *papagayo*”<sup>82</sup>. Y hay que tener en cuenta que Góngora, admirador de Camoens, seguramente leyó en los *Lusíadas* un *loro* que, como dice Corominas, significa indudablemente ‘rubio’.

Para completar el cuadro hay que considerar que desde muy temprano hubo mestizos (*trigueños*, \**lueros*) en la Nueva

<sup>79</sup> El helenista que va a Grecia, dice BERNARD KNOX, *The Oldest Dead White European Males*, New York, 1993, pp. 117 y 124, suele ir cargado de prejuicios: “his mind [is] full of Homeric tags like *xanthos Menelaos*, a phrase which, particularly if he is of Anglo-Saxon or Germanic stock, he has been taught to translate ‘blond Menelaos’....: Xanthos Menelaos *may* have been blond, though the word more likely means red- or brown-haired”.

<sup>80</sup> A Góngora le gusta el latinismo *adusto* ‘requemado’: “el Indo adusto” (*Polifemo*, 408), “el Bengala,/ del Ganges cisne adusto” (*Soledad I*, 668).

<sup>81</sup> Cf. otro “paralelismo” en el romance “En un pastoral albergue...”, vv. 7-8: la bucólica Paz conduce “ovejas del monte al llano/ y cabras del llano al monte”.

<sup>82</sup> Cf. A. Carreño en su ed. de los *Romances* de Góngora (Cátedra): el Ganges es *loro* porque “se creía que en sus orillas se criaban muchos papagayos”.

España. Para los padres españoles, eran morenitos; para las madres indias, eran blancos. Desde el punto de vista jurídico-social se les asimilaba más a los indios que a los españoles<sup>83</sup>, pero desde el punto de vista antropológico el mestizo hereda rasgos de ambos progenitores, y es normal que haya mestizos más o menos rubios. Ahora bien, así como en tierra de ciegos el tullido es rey, así el mestizo rubio siempre llama la atención en una sociedad predominantemente morena: Él es *el rubio, el \*luero*<sup>84</sup>.

Creo, además, que *güero* perteneció en un principio al mundo de la infancia. Hay más niños güeritos que adultos güeros. Quien ha tenido el pelo francamente rubio a los cinco años suele tenerlo decididamente castaño a los dieciocho<sup>85</sup>.

<sup>83</sup> Andando el tiempo, y gracias a la contribución africana, los hilos del mestizaje mexicano se enredaron bastante. La curiosidad de los españoles por el variopinto tejido social estimuló en el siglo XVIII una verdadera industria pictórica: series de doce o diecisésis óleos que muestran parejas de distintas “razas” (español y negra, mulato y mestiza, mestizo y española, etc.), cada una con su retoño, y éste con su nombre respectivo: *mestizo, mulato, cambujo, lobo, albino*, etc. (Hay nombres francamente chistosos, como *saltatrás y no-te-entiendo*.) El Museo de América, en Madrid, es especialmente rico en estas series, pintadas para los españoles (pudientes) que regresaban a España. Los mestizos constituyan una sola de las “razas”, aunque eran seguramente la más numerosa.

<sup>84</sup> Todo es relativo. En los Estados Unidos, al menos hasta hace muy poco, un mulato, por claro que fuera el color de su piel, era considerado negro. A mí, que tengo —tenía, mejor dicho— el pelo oscuro, pero la piel relativamente blanca, me han llamado *güero*, y un amigo holandés me llamaba, por broma, *neger*.

<sup>85</sup> Ejemplo insigne de lo *güero* es el *jilote*, o sea el elote cuando da sus primeras señales de vida con los cabellitos que le brotan, rubios como los de un bebé noruego. Se dice que la milpa *está güereando* cuando comienzan a verse o adivinarse los jilotes (también se dice que *está jiloteando*). Este *güerear* ‘comenzar a verse lo rubio’ resulta homófono del muy diferente *güerear* (o *güerar*) que Corominas registra en Salamanca, y que significa ‘empollar’ (<\*gorare). Lo curioso es que Becerra registra en Tabasco un *agüerar* que significa ‘abrigar la gallina los huevos’. Él lo cree corrupción de *agüelear*, por lo consentidoras (*apapachadoras*) que suelen ser las abuelas. Yo no creo que sea eso. — Entre mis compañeros de la escuela primaria de Axtlán de la Grana, localidad típicamente mestiza, nunca faltaba uno llamado “el Gordo” (el gordo González) ni otro llamado “el Güero” (el güero García). Al Gordo se le canturreaba “Gordo pa l’olla,/ con chile y cebolla”, y al Güero “Güero güerumbo” o “Güero güerinche”, con añadidos no muy halagüeños para el pobre muchacho. — Se me ocurre una última observación en cuanto a *loro/luero*. Todo hablante de español “siente” la relación de /o/ con /we/ (*encontramos, encuentro*). Cuando se nos pide que conjuguemos el verbo *asolar* no sabemos si decir *yo asolo* o *yo asuelo*: son formas equipolentes. En una co-

¿Habrá tenido alguna difusión este *güero* en España? Parece que sí. Entre las *Poesías populares* recogidas por Tomás Segarra (Leipzig, 1862) hay una seguidilla que dice: “Camino de Valencia/ van doce frailes;/ todos llevan alforjas,/ chicos y grandes”; pero el cantador la adorna con “añadidos” o morcillas, así:

Camino de Valencia  
van doce frailes  
—con las viejas yo me iré,  
con las mozas volveré—,  
van doce frailes;  
todos llevan alforjas,  
chicos y grandes  
—con las rubias yo me iré,  
con las *güeras* volveré—,  
chicos y grandes<sup>86</sup>.

La pareja *rubias/güeras* es como la pareja *loro/rubio* del romance de Góngora. Seguramente hay “antítesis”, pero también “parallelismo”. Así como en los viejos cantares paralelísticos son intercambiables el *mariido* y el *velado*, o la *garrida* y la *loçana*, así aquí son intercambiables las *rubias* y las *güeras*: unas u otras, ¡qué más da! (como las “ovejas” y las “cabras” del otro romance de Góngora). El “añadido” de otra seguidilla de la misma serie dice: “con Teresa yo me iré,/ con Juanita volveré” (Teresa o Juanita, ¡qué más da!).

ANTONIO ALATORRE  
El Colegio de México

media mexicana del siglo XVI el bobo dice “ya os conueço” (‘os conozco’), “quando nos cuencertamos este año postrero” y “si os cuenfesastes de tuedos vuestros pecados” (JUAN BAUTISTA CORVERA, *Obra literaria*, ed. S. López Mena, México, 1995, pp. 108, 130, 132).

<sup>86</sup> Citada por J. M. ALÍN, “Nuevas supervivencias de la poesía tradicional”, *Estudios... dedicados a Mercedes Díaz Roig*, El Colegio de México, 1972, p. 427.

## ÍNDICE DE VOCES

N.B. Los números en cursiva remiten a las notas de pie de página.

- aciche 12
- achichiguar 10
- achicopalarse 11
- aguanchi 13
- agüerar 85
- ají 63
- albaquia 20
- albino 83
- alegría 67
- alfeliche 12
- almatriche 4
- altabaca 19
- Anáhuac 24
- anona 57
- apapachar 12, 85
- arcabuco 34, 64
- armadillo 36
- ate 5
- ateperetarse 13
- autleco 5
- ayote 60
- baquíña, baquiano 20, 27, 37
- barbasúchil 31
- barbinche 4
- bejuco 55, 63
- biznaga 24, 44
- boliche 4
- boquiche 12
- borracho 4
- botonahui 31
- cacahuate 31
- cacarizo, cácaro 45
- cachopín 20
- cacle 22
- caguiche 1-4
- cajete 46
- calabazate 5, 18
- calambuco 34, 64
- calamorrante 18
- calpul 27
- camaironas 63
- cambujo 83
- camote 67
- campamocha 14
- cancha 37
- canoa 31, 34, 37, 53
- cantaliche 1, 2
- carajo 3
- cayote 32
- cenzontle 35
- chacarrachaca 35
- chachalaca,  
chachalaquear 35
- cháchara,  
chacharacha,  
chacharero 35
- chacuaco 37, 68
- chacueco 72
- chamaco 7
- chamagoso 7, 22
- chamuchina 7, 22
- chamuco 22
- chancho 38, 69
- chapineschihua 31
- charque 63
- chayote 32, 61
- chicha 6
- chiche 4, 6, 20
- chichi, chichí 6
- chichigua 3
- chichumecos 34
- chicozapote 32, 66
- chilacayote 32, 59
- chilaquiles 59
- chile 31
- chilepiquín 25
- chilinche 12
- chilpayate 7
- chilpo 7
- chiltomate 63
- chiltepiquín 25
- chingual 10, 28
- chinga 41
- chingada, chingadera  
41
- chingadazo 41, 75
- chingana 41
- chingaquetido 41
- chingar 41, 76
- chingolo 41
- chingón 76
- chínguere, chinguirito  
41
- chípil 10
- chipote 15, 30, 32
- chipotudo 32
- chirimoya 57
- chochoca 63
- chuchar, chicho 6
- chueca 40, 71
- chueco 5, 40, 72
- cidracayote 32, 59
- cipote 15, 31
- coca, cocote 39
- coconete 7
- codinche 2
- cogote 17, 39
- coliche 12
- colincho 4
- colombroño 22
- comelón 3
- compinche 4
- conchiche 12
- copaljocote 16
- copiche 12
- cortinchi 11
- cuánto(s) 3
- cuatacho 31
- cuate 9, 31
- cuatezón 31
- cuaupaloma 55
- cubiche 4
- Cuernavaca 24, 42
- culear 4
- culiche, culichiche 4
- curiche 4
- droguiche 12
- enchilada, enchilarse  
31
- escuincle, escuintle 7,  
23
- fantoche 4
- gabacho 4
- gachupín 20
- galera, galerón 48
- galpón 27, 48
- garoto 8

- gis 28  
 guacharaca 35  
 guácimo 63  
 guama, guámara 63  
 guanábana 57  
 guaquimo 63  
 guarache → huarache  
 guásimo 63  
 Guatemuz 27  
 guayaba 63  
 guayabate 5  
 güerar, güerear 85  
 güerinche 1, 85  
 güero: pp. 45-48  
 habliche 1, 2  
 huachache 4  
 huarache 4, 42  
 hierba 24  
 hojapetate 31  
 Huichilobos 27  
 iguana 34  
 jícara 38  
 jilote, jilotear 85  
 jocoyote 9  
 jolinche 4  
 lambiche 1, 2  
 león 36  
 lloriche 1-4  
 lobo 83  
 loro, luero: pp. 45-48  
 machote 37  
 madrazo 75  
 madre 41, 75  
 madrear 75  
 maguey 34  
 maíz 36, 37  
 malacate 37  
 malinche 1, 11  
 Maltrata 43  
 mamarracho 4  
 mamboretá 14  
 maní 63  
 maque 41  
 mariachi 5  
 matatena 16  
 mestizo 83  
 metiche 1, 2, 5  
 molcajete 46  
 molinillo 23  
 morocho 30
- Motolinía 42  
 mulato 83  
 nanchibejuco 55  
 nene 8, 26  
 nenepile, neneque 25  
 neno 8  
 no-te-entiendo 83  
 ñapa 30  
 oso hormiguero 36  
 pachiche 4  
 palta 63  
 panocha 67  
 papa 36  
 papachar, papacho 12  
 patata 26, 36  
 pavó 36  
 pediche, pedinche  
 1, 2  
 peguiche 1, 2  
 pepián → pipián  
 pepitoria → pipitoria  
 perezoso 36  
 petaca 21, 33, 38  
 petate 21, 31, 33  
 petatearse, petatero  
 31  
 pibe 8  
 picoso 25, 45  
 pidiche, pidinche 1, 2  
 pilcate 7  
 pilguaje 24  
 pilguanejo,  
 pilhuanejo 7, 24  
 pilmama 3  
 piloncillo 67  
 pinche 15  
 pinocahuite,  
 pinoyamel 55  
 piñanona 32  
 piñonate 18  
 piocha 17  
 pipián 36, 66, 67  
 pipitoria 67  
 pique 45  
 piquín 25  
 plátano macho 63  
 preguntón 6  
 pulcre 50  
 pulpa 29  
 pulperia, pulpero 29, 62
- pulque, pulquería 29,  
 31  
 puñeta 3  
 pustequé 18  
 qué tanto(s) 4  
 quimón (quimono)  
 22, 41  
 rabincho 4  
 sagabiche 12  
 salta-atrás 83  
 sancho 38  
 santocalli 31  
 sinsonte 35  
 socoyote 9  
 sopiche 12  
 sotabanco 26  
 tabaco 19, 21, 34, 35,  
 37  
 tabanco 26, 47  
 Tacuba 27  
 tamales 63  
 tapalcate 22, 65  
 tapalquiagüi 22  
 tapanco 26, 47  
 tecorral 31  
 teocalli 39  
 tepalcate 65  
 tepechiche 12  
 tianguis 29  
 tigre 36  
 tinacal 31  
 tiza 28  
 tlacuache 4  
 tocayo 22, 27, 42  
 toloache 4  
 tololoche 4  
 tontuneco 5  
 tosnene 25  
 trampiche 1, 2  
 trigueño: pp. 46-47  
 tule 33  
 visnaga 24  
 yapa 30  
 yerba 34  
 yucateco 5  
 zacatelimón 31  
 zambaigo 83  
 zonzo 38  
 zonzoneco 5  
 zumbiche 12